



HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 269 - Diciembre 2025



«Estar en tu presencia
y servirte»

Bondad paternal que conquista

Tenía unos 11 años cuando tuve la gracia de encontrarme por primera vez con Don Rinaldi en el Oratorio festivo de las Hijas de María Auxiliadora de Turín. Todas lo llamaban con el cariñoso título de «Sr. Director»; todas corrían hacia él alegremente, como hijas a su padre. Su semblante austero, pero al mismo tiempo tan paternal, su sonrisa bondadosa y su mirada, que se posaba especialmente en las más pequeñas, me hicieron pensar de inmediato en Don Bosco, de quien ya había oído hablar; me acerqué tímidamente, como todas las demás, para besarle la mano y sentí que su mirada se posaba en mí, quizá porque nunca me había visto antes —conocía bien a todas sus espabiladas muchachas. Esa mirada, acompañada de una sonrisa tan paternal, me conquistó. [...]

Su dirección espiritual, sencilla, directa, llana, salesiana en todo el sentido de la palabra, suave y fuerte al mismo tiempo, clara. Bastaban unos minutos para esclarecer la situación de la conciencia, que se abría espontáneamente al contacto de su palabra fácil y bondadosa: no se le podía ocultar nada; es más, se podía y se quería contarle todo. Sus consejos eran breves, pero siempre apropiados, se traducían en un propósito práctico y seguro, siempre dirigido a formar sólidamente

y a extirpar lo que debía ser eliminado. Más que a las faltas, le daba mucha importancia a la actitud habitual del alma, y ayudaba a sostener la parte más débil y aconsejaba sobre cómo fortalecerla. [...]



Beato Felipe Rinaldi, en 1929

Nunca palabras inútiles, preguntas inoportunas; siempre alentador, pero firme; siempre paternal, pero fuerte. [...]

Nos acostumbraba al sacrificio, sin darle mucha importancia. Cuando acudía a él para manifestarle penas o contrariedades, éstas, a su juicio, siempre eran cosas sin importancia; y no era por falta de comprensión que mantenía esa actitud —pues yo me sentía bien comprendida, especialmente por los consejos paternales que me daba—, sino porque quería que creciera fuerte espiritualmente.

Decía: «El verdadero cristiano, al igual que el buen soldado, nunca debe dejarse atemorizar por las batallas». Y fue una gran suerte que me acostumbrara desde joven a estas luchas, porque la vida nos reserva siempre otras nuevas y más duras.

CERIA, SDB, Eugenio. *Vita del Servo di Dio Filippo Rinaldi*. Torino: Società Editrice Internazionale, 1948, pp. 504-506.

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:
Calle Lorenzo Despradel, No. 59
La Castellana, Santo Domingo
República Dominicana
Tel: 1-809-227-7265
WhatsApp: 1-809-549-7695
Email: heraldosrd@gmail.com
info@heraldos.do

Impresión:
Talleres de
Editora Amigo del Hogar
Santo Domingo
República Dominicana

Los artículos de esta revista
podrán ser reproducidos,
indicando su fuente y enviando
una copia a la redacción.
El contenido de los artículos
es responsabilidad de los
respectivos autores.

SUMARIO

➤ PREGUNTAN LOS LECTORES.....	4
➤ EDITORIAL	
Claves angélica y marial del sacerdocio.....	5
➤ LA VOZ DE LOS PAPAS	
La tarea central del sacerdote	6
➤ LA LITURGIA DOMINICAL	
El profeta del Altísimo.....	8
Regocijaos, iadmirad!	9
Dos silencios... y una enseñanza	10
Una elección decisiva	11
Las puertas del Infierno no prevalecerán contra la familia	12
➤ EJEMPLOS QUE ARRASTRAN	
Salvado por la Navidad.....	13
➤ TESOROS DE MONS. JOÃO	
El sacerdocio supremo	14
➤ TEMA DEL MES – LA SAGRADA LITURGIA	
En ella residen las mejores expectativas de la humanidad.....	18
➤ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?	
Jesucristo vivo en la tierra.....	21
➤ VERDADES CATÓLICAS	
Nuestra Señora y la Eucaristía – El sacramento de María	22
➤ SANTO TOMÁS ENSEÑA	
¿Por qué se usan los paramentos litúrgicos?.....	25
➤ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS	
Amor al «unum» de la Santa Iglesia.....	26
➤ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA	
Giovanni Gabrieli y la música sacra – Cantadle al Señor un cántico nuevo.....	30
➤ ESPLENDORES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA	
El órgano de la basílica de Nuestra Señora del Rosario – Un vitral de sonidos.....	34
➤ ¿SABÍAS.....	37
➤ VIDAS DE SANTOS	
Venerable Teresa de San Agustín – Una carmelita de fábula	38
➤ DOÑA LUCILA	
Semilla de un futuro glorioso	42
➤ HERALDOS EN EL MUNDO	44
➤ ENSEÑANZAS BÍBLICAS	
Jonatán – Docilidad a las inspiraciones del Señor	48
➤ TENDENCIAS Y MENTALIDADES	
Admiración, servicio y sacrificio impregnados de alegría.....	50



Archivo Revista

11 Ante Él sólo hay dos
opciones: luz o tinieblas



Reproducción

14 Sumo Sacerdote,
Mediador perfecto



Archivo Revista

22 Eucaristía y María,
realidades inseparables



Stephen Nami

25 Paramentos:
¿mero adorno?

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



✠ P. Ricardo José Basso, EP

En algunas iglesias, en la comunión recibimos la sagrada hostia mojada en vino, es decir, el cuerpo y la sangre de Jesús. En otras, sin embargo, sólo los sacerdotes y diáconos reciben la sangre; los laicos, nada más que el cuerpo. Padre, ¿podría explicarme por qué no se les ofrece también a los laicos la sangre de Jesús?

Wilson Zanola (vía correo electrónico)

En cada celebración eucarística, Jesús se hace presente para ser ofrecido en sacrificio y recibido en comunión.

En las Iglesias católicas de rito oriental —melquita, maronita y ucraniano, entre otros— se prescribe que la sagrada comunión se distribuya habitualmente a los fieles bajo las especies de pan y vino consagrados. En la Iglesia católica de rito latino, se suele distribuir sólo bajo la especie del pan consagrado, aunque hay algunas excepciones, como se verá más adelante.

El *Código de Derecho Canónico* así lo establece en el canon 925: «Adminístrese la sagrada comunión bajo la sola especie del pan o, de acuerdo con las leyes litúrgicas, bajo las dos especies; en caso de necesidad, también bajo la sola especie del vino».

En las misas, el celebrante principal y los concelebrantes, si los hubiere, deben recibir la comunión bajo las dos especies, es decir, comulgan la sagrada forma allí mismo consagrada, así como del cáliz (cf. CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Redemptionis sacramentum*, n.º 98). También se permite la comunión bajo las dos especies a los sacerdotes que no pueden celebrar o concelebrar el santo sacrificio, a los diáconos y a todos los que desempeñan algún ministerio en la misa (cf. *Instrucción General del Misal Romano*, n.º 283).

En cuanto a los fieles, se les puede administrar la comunión bajo las dos especies, generalmente por intinción —cuando el sacerdote moja la sagrada hostia en el vino consagrado—, en algunas circunstancias como, por ejemplo: para los neocomulgantes; para los novios, durante la celebración del matrimonio dentro de la misa; en la solemnidad de Corpus Christi, a juicio del celebrante.

El obispo diocesano tiene la facultad de permitir la comunión bajo las dos especies, cuando le parezca oportuno al sacerdote a cuyo cuidado pastoral le está encomendada una comunidad determinada, siempre que se observen tres requisitos (cf. *Instrucción General del Misal Romano*, n.º 283):

1. que los fieles estén bien instruidos al respecto;
2. que esté ausente todo peligro de profanación del Santísimo Sacramento;

3. que el rito se torne más dificultoso por la multitud de participantes, o por otra causa.

Para evitar la profanación, debe tenerse cuidado en el modo de distribuir la Eucaristía. Precisamente por esta razón resulta más difícil dar la comunión bajo las dos especies cuando hay una multitud de participantes en la santa misa.

Por último, es importante que los fieles sean instruidos en que en la sagrada hostia está presente el cuerpo de Cristo, pero también, concomitantemente, su sangre, alma y divinidad; y en el vino consagrado está presente la sangre de Cristo, pero de igual manera su cuerpo, alma y divinidad (cf. CCE 1374). «Por lo cual es de toda verdad que lo mismo se contiene bajo una de las dos especies que bajo ambas especies. Porque Cristo, todo e íntegro, está bajo la especie del pan y bajo cualquier parte de la misma especie, y todo igualmente está bajo la especie de vino y bajo las partes de ella» (CONCILIO DE TRENTO, *Decreto sobre la Eucaristía*: DH 1641).

En la secuencia de la misa de la solemnidad de Corpus Christi tenemos esta hermosa enseñanza: «Instruidos con sus santos mandatos, consagramos el pan y el vino, en sacrificio de salvación. Es dogma que se da a los cristianos, que el pan se convierte en carne, y el vino en sangre. [...] Su carne es alimento y su sangre bebida; mas Cristo está todo entero bajo cada especie. Quien lo recibe no lo rompe, no lo quebranta ni lo desmembra; recíbese todo entero».

Estimado Wilson, la comunión bajo las dos especies refleja sin duda más plenamente el carácter sagrado de banquete de la Eucaristía, y nuestra sensibilidad es mayor cuando comulgamos también el vino consagrado. Sin embargo, mucho más importante que esto es el empeño de minimizar las posibilidades de profanación del Santísimo Sacramento. Y ése es el motivo por el que la Santa Iglesia permite la comunión bajo las dos especies tan sólo en circunstancias especiales.

No obstante, como el tema se presta a múltiples e interesantísimos desdoblamientos que excederían los límites de esta respuesta, se me ocurrió sugerir a la dirección de la revista *Heraldos del Evangelio* la redacción de un artículo más detallado al respecto, propuesta que ha sido aceptada. Pronto volveremos al asunto.



Misa en la basílica
de Nuestra Señora
del Rosario,
Caieiras (Brasil)

Foto: Stephen Nami

CLAVES ANGÉLICA Y MARIAL DEL SACERDOCIO

La Santísima Trinidad encierra la más sublime de las liturgias, en la que el Padre engendra al Hijo y de ambos procede el Espíritu Santo. Por la Encarnación, el Hijo, como Sacerdote, glorifica al Padre al ofrecer las plegarias y oblacones de todo su Cuerpo Místico, al cual pertenecen incluso los ángeles, como afirma Santo Tomás de Aquino (cf. *Suma Teológica*, III, q. 8, a. 4).

En esta tierra, la santa misa es la oración por excelencia, celebrada en la persona del propio Cristo —*in persona Christi*— por el ministro ordenado. El papel de éste consiste en ser mediador —pontífice— entre Dios y los hombres, ofreciéndoles las cosas sagradas, como sugiere la etimología de *sacerdote*: *sacra dans*.

En oposición a ciertas concepciones funcionalistas del sacerdocio, la Sagrada Escritura lo define como «estar en la presencia de Dios y ejercer su ministerio en nombre del Señor, por siempre» (Dt 18, 5). Este concepto se traduce en el Rito de Ordenación, en el que el aspirante responde al llamamiento: *Adsum* —¡Heme aquí! Desde el principio, se manifiesta una total disponibilidad para estar ante el Señor, «para verlo y ser visto por Él», como lo define el Santo Cura de Ars con respecto a la oración.

La Tradición apostólica sintetizó esa esencia del sacerdocio en una expresión de la Plegaria Eucarística II, que se remonta al siglo II: *Astare coram te et tibi ministrare* —Estar en tu presencia y servirte. La liturgia terrenal es una participación de la celestial, en la que miríadas de ángeles están constantemente de pie (cf. Dan 7, 10; 12, 1) en la presencia del Señor (cf. Tob 12, 15; Lc 1, 19), en contemplación y adoración (cf. Ap 4, 4-11).

En efecto, por la exclusividad de su servicio —*diakonia*— los presbíteros participan de la función de los «espíritus servidores» (Heb 1, 14). Según San Ambrosio (cf. *Expositio Psalmi. In Psalmum CXVIII*. Sermo 10, n.º 14: PL 15, 1334), el «estar de pie» por parte de los ángeles no significa otra cosa que servir, y así también los ministros consagrados han sido ordenados para *ministrar*, es decir, servir en una consagración total de sí mismos «como sacrificio vivo, santo» (Rom 12, 1).

Además de esa nota angélica, se puede evidenciar que el sacerdocio posee una raíz intrínsecamente marial. De hecho, San Gabriel le anunció a la Virgen: «El Señor está contigo» (Lc 1, 28), manifestando su constante unión con el Altísimo. El alma jubilosa de Nuestra Señora se unió a los ángeles que, en presencia del Altísimo, cantaron el *Gloria* (cf. Lc 2, 14) inaugural de todas las solemnidades. Finalmente, siempre de pie (cf. Jn 19, 25), Ella se unió al acto litúrgico por excelencia: el sacrificio redentor del Sacerdote eterno en el Calvario.

En su respuesta al arcángel, María Santísima reveló también su incondicional disposición a conformarse a la voluntad divina: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1, 38). Asimismo, en las bodas de Caná, «la madre de Jesús estaba allí» (Jn 2, 1) para servir y ser abogada ante su Hijo en toda y cualquier necesidad. Por último, al pie de la cruz, Cristo la encomendó a un ministro ordenado, Juan, que la recibió de inmediato como madre, profetizándola en el Apocalipsis que sería el «gran signo» (12, 1).

En medio del hiperactivismo contemporáneo y del lamentable menoscabo litúrgico en ciertos ámbitos, resulta muy auspicioso destacar esas claves angélica y marial del sacerdocio, con el fin de retomar su esencia: vivir para Cristo, en su presencia, la de María y de los ángeles, y en su abnegado servicio. ✠



La tarea central del sacerdote

Debemos aprender a comprender cada vez más la sagrada liturgia en toda su esencia, desarrollar una viva familiaridad con ella, de forma que llegue a ser el alma de nuestra vida diaria.

ACTO EN EL CUAL ENTRAMOS EN CONTACTO CON DIOS

La Iglesia se hace visible de muchas maneras: en la acción caritativa, en los proyectos de misión y en el apostolado personal que cada cristiano debe realizar en el propio ambiente. Pero el lugar donde se la experimenta plenamente como Iglesia es en la liturgia: la liturgia es el acto en el cual creemos que Dios entra en nuestra realidad y nosotros lo podemos encontrar, lo podemos tocar. Es el acto en el cual entramos en contacto con Dios: Él viene a nosotros, y nosotros somos iluminados por Él.

BENEDICTO XVI.
Audiencia general, 3/10/2012.

ACCIÓN SAGRADA POR EXCELENCIA

La liturgia [...] contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia. Es característico de la Iglesia ser, a la vez, humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina; y todo esto de suerte que en ella lo humano esté ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos. [...]

Toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su cuerpo,

que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia.

SAN PABLO VI. *Sacrosanctum concilium*, constitución del Concilio Vaticano II, 4/12/1963.

MEDIO POR EL QUE SE PERPETÚA EL OFICIO SACERDOTAL DE JESUCRISTO

Quiso, pues, el divino Redentor que la vida sacerdotal por Él iniciada en su cuerpo mortal con sus oraciones y su sacrificio, en el transcurso de los siglos, no cesase en su cuerpo místico, que es la Iglesia; y por esto instituyó un sacerdocio visible, para ofrecer en todas partes la oblación pura [...].

La Iglesia, pues, fiel al mandato recibido de su Fundador, continúa el oficio sacerdotal de Jesucristo, sobre todo mediante la sagrada liturgia. Esto lo hace, en primer lugar, en el altar, donde se representa perpetuamente el sacrificio de la cruz y se renueva, con la sola diferencia del modo de ser ofrecido.

Pío XII.
Mediator Dei, 20/11/1947.

ESTAR EN PRESENCIA DEL SEÑOR: LA «PROFESIÓN» DEL SACERDOTE

¿Qué es «ser sacerdote de Jesucristo»? El canon II de nuestro misal, que probablemente fue redactado en Roma

ya a fines del siglo II, describe la esencia del ministerio sacerdotal con las palabras que usa el Libro del Deuteronomio (cf. Dt 18, 5.7) para describir la esencia del sacerdocio del Antiguo Testamento: *astare coram te et tibi ministrare*. Por tanto, son dos las tareas que definen la esencia del ministerio sacerdotal: en primer lugar, «estar en presencia del Señor».

En el Libro del Deuteronomio esa afirmación se debe entender en el contexto de la disposición anterior, según la cual los sacerdotes no recibían ningún lote de terreno en la Tierra Santa, pues vivían de Dios y para Dios. No se dedicaban a los trabajos ordinarios necesarios para el sustento de la vida diaria. Su profesión era «estar en presencia del Señor», mirarlo a Él, vivir para Él. La palabra indicaba así, en definitiva, una existencia vivida en la presencia de Dios y también un ministerio en representación de los demás. Del mismo modo que los demás cultivaban la tierra, de la que vivía también el sacerdote, así él mantenía el mundo abierto hacia Dios, debía vivir con la mirada dirigida a Él.

BENEDICTO XVI.
Homilía, 20/3/2008.

ALMA DE LA VIDA DIARIA

Pasemos ahora a la segunda expresión que la Plegaria Eucarística II toma del texto del Antiguo Testamento: «servirte en tu presencia». [...] Debemos aprender a comprender cada vez más

la sagrada liturgia en toda su esencia, desarrollar una viva familiaridad con ella, de forma que llegue a ser el alma de nuestra vida diaria. Si lo hacemos así, celebraremos del modo debido y será una realidad el *ars celebrandi*, el arte de celebrar. En este arte no debe haber nada artificioso. Si la liturgia es una tarea central del sacerdote, eso significa también que la oración debe ser una realidad prioritaria. [...]

Nadie está tan cerca de su señor como el servidor que tiene acceso a la dimensión más privada de su vida. En este sentido, «servir» significa cercanía, requiere familiaridad. Esta familiaridad encierra también un peligro: el de que lo sagrado con el que tenemos contacto continuo se convierta para nosotros en costumbre. Así se apaga el temor reverencial. [...] Contra este acostumbrarse a la realidad extraordinaria, contra la indiferencia del corazón debemos luchar sin tregua, reconociendo siempre nuestra insuficiencia y la gracia que implica el hecho de que Él se entrega así en nuestras manos.

BENEDICTO XVI.
Homilía, 20/3/2008.

LITURGIA DIGNA, INCLUSO EN COMUNIDADES POBRES

Que la liturgia sea siempre digna, incluso en comunidades reducidas y pobres de medios; que esté abierta a la participación activa y consciente de los diferentes miembros de la asamblea, cada uno según su rango y vocación; que utilice juiciosamente las diversas posibilidades de expresión autorizadas, sin caer en la creatividad fantasiosa, improvisada o mal estudiada, que las normas no permiten, precisamente



Leandro Souza

La profesión del sacerdote es «estar en presencia del Señor», mirarlo a Él, vivir para Él; así, el ministro consagrado mantiene el mundo abierto hacia Dios

Misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

porque desvirtuaría su sentido; que la liturgia inicie verdaderamente el misterio de Dios a través de su atmósfera de recogimiento, la calidad de las lecturas y los cantos. [...] Hagamos que nuestras misas dejen traslucir el «misterio de la fe» y tengan su atractivo.

SAN JUAN PABLO II.
Discurso, 24/9/1982.

EN LA CELEBRACIÓN DEBE EMERGER LA CENTRALIDAD DE CRISTO

La liturgia no es el recuerdo de acontecimientos pasados, sino que es la presencia viva del misterio pascual de Cristo que trasciende y une los tiempos y los espacios. Si en la celebración no emerge la centralidad de Cristo no tendremos la liturgia cristiana, totalmente dependiente del Señor y sostenida por su presencia creadora. [...]

Por lo tanto, no es la persona sola —sacerdote o fiel— o el grupo quien celebra la liturgia, sino que la liturgia es primordialmente acción de Dios a través de la Iglesia, que tiene su historia, su rica tradición y su creatividad. Esta universalidad y apertura fundamental, que es propia de toda la liturgia, es una de las razones por la cual no puede ser ideada o modificada por la comunidad o por los expertos, sino que debe ser fiel a las formas de la Iglesia universal.

BENEDICTO XVI.
Audiencia general,
3/10/2012.

IMAGEN DE LA ETERNIDAD

En una liturgia totalmente centrada en Dios, en los ritos y en los cantos, se ve una imagen de la eternidad. [...] En este contexto os pido: celebrad la sagrada litur-

gia dirigiendo la mirada a Dios en la comunión de los santos, de la Iglesia viva de todos los lugares y de todos los tiempos, para que se transforme en expresión de la belleza y de la sublimidad del Dios amigo de los hombres.

BENEDICTO XVI.
Discurso, 9/9/2007.

UN RESQUICIO DE CIELO EN LA TIERRA

Es realmente grande el misterio que se realiza en la liturgia. En él se abre en la tierra un resquicio de Cielo, y de la comunidad de los creyentes se eleva, en sintonía con el canto de la Jerusalén celestial, el himno perenne de alabanza: *Sanctus, sanctus, sanctus, Dominus Deus Sabaoth*.

SAN JUAN PABLO II.
Spiritus et Sponsa, 4/12/2003.



El profeta del Altísimo



✠ P. Hamilton José Naville, EP

De entre las múltiples virtudes del Precursor, resplandece la verdadera humildad, que consiste sobre todo en la defensa de la gloria de Dios y en el apagamiento de sí mismo

En este segundo domingo de Adviento la figura de San Juan Bautista aparece, bajo la pluma de San Mateo, predicando en el desierto de Judea. Vestía rudamente y se alimentaba de miel silvestre y saltamontes, en contraposición a las costumbres mundanas de la época. Los habitantes de Jerusalén, Judea y más allá del Jordán lo buscaban para escuchar su predicación y ser bautizados.

A pesar de su humilde apariencia, era implacable contra el mal. Dirigiéndose a los fariseos y saduceos, que se mezclaban entre la multitud para observarlo, advertía: «¡Raza de víboras!, ¿quién os ha enseñado a escapar del castigo inminente?» (Mt 3, 7).

Así los llamaba porque engendraban siempre más hijos de perdición y para la perdición. Santo Tomás¹ explica que es loable soportar con paciencia las injurias que nos hacen; pero es sumamente impío perdonar las que son hechas a Dios.

Cuánta similitud entre estas palabras llenas de fuego y las amonestaciones pronunciadas por el Salvador contra esa misma gente, cuando les reprendía: «¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo escaparéis del juicio de la gehena?» (Mt 23, 33).

El Precursor nos invita, en este tiempo de Adviento, a un cambio de vida a través de

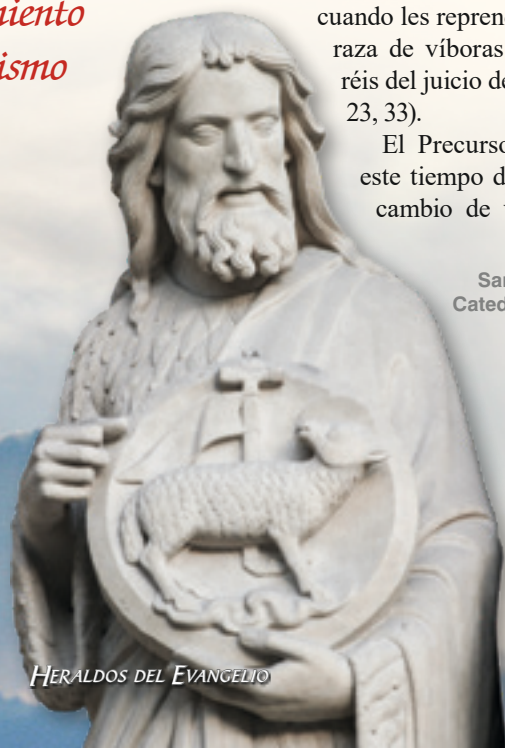
la vigilancia, la oración y la penitencia. Una conversión interior radical y verdadera, no farisaica y mentirosa —por tanto, hecha sólo de exterioridades— ni sedienta de privilegios como la de los saduceos, pues de nada sirve decir que «tenemos por padre a Abrahán» (Mt 3, 9) si no producimos frutos de santidad.

Juan, aquel niño que saltó de alegría en el seno de su madre, Isabel, en cuanto oyó la voz de María (cf. Lc 1, 44); Juan, de quien Jesús dijo que no había uno más grande de entre los nacidos de mujer (cf. Mt 11, 11); Juan, que declaró de sí mismo no ser digno de desatar la correa de las sandalias del Señor (cf. Jn 1, 27); Juan, mensajero divino en cuya alma resplandecen tantas y tantas virtudes... ojalá podamos imitarlo en su humildad.

Santa Teresa de Jesús² nos enseña que la humildad consiste en andar en verdad y Santo Tomás³ afirma que se completa con la magnanimidad. Sin ésta, la humildad deja de ser real y se convierte en pusilanimidad e incluso en cobardía.

El Bautista no se acobardó ante el tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, desaprobando su impiedad y su pecado, y por amor a la verdad fue martirizado. Cuando, a petición de Salomé, le llevaron su cabeza en una bandeja, de sus ojos semicerrados y sus labios virginales entreabiertos aún resonaba el grito: «¡No te es lícito!» (Mt 14, 4).

Sigamos el ejemplo del profeta del Altísimo y amemos sus enseñanzas. Seamos nosotros también paladines de la Santa Iglesia sin respeto humano, defendiendo siempre la verdad entera. Humildes, vigilantes y con nuestras lámparas encendidas, sigamos a la espera del Niño Dios, que va a nacer. ✠



San Juan Bautista -
Catedral de Notre Dame,
París

Sergio Holmann

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 108, a. 1, ad 2.

² Cf. SANTA TERESA DE JESÚS. *Moradas del castillo interior*. «Moradas sextas», c. 10, n.º 8.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *op. cit.*, q. 133, a. 2.

Regocijaos, ¡admirad!



✠ P. Felipe García López Ria, EP

Al considerar las palabras del profeta Isaías elegidas para la segunda lectura de este domingo —«El desierto y el yermo se regocijarán, [...] y florecerá como un lirio» (35, 1)—, vemos cómo muchas veces Dios se complace en suspender las reglas creadas por Él mismo para la naturaleza. De hecho, no es normal que un desierto florezca como un lirio...

Una imagen similar fue utilizada por el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira para simbolizar el refloreCIMIENTO del esplendor de la Santa Iglesia en los últimos tiempos, por medio de la Virgen, profetizado por San Luis María Grignon de Montfort:¹ «Un lirio nacido del lodo, durante la noche y bajo la tormenta». El mundo actual —manchado por el lodo de la envidia, sumido en la noche de la tristeza, agitado por la tormenta de la comparación— aún verá con infinita alegría la recompensa de Dios, porque Él viene a salvar (cf. Is 35, 4.10).

A nosotros nos toca luchar por ese refloreCIMIENTO. ¿De qué manera? El Evangelio nos lo muestra.

Pocos en la historia han representado tanto la figura de un lirio nacido durante la noche como San Juan Bautista. En medio de la decadencia del período premesiánico, incluso entre el pueblo elegido, el Precursor condensó la fe de los antiguos patriarcas, la esperanza de los profetas y la caridad de las almas ávidas por la venida del Salvador. Fue un hombre íntegro. Hasta tal punto de que el Señor no escatimó elogios hacia él: «más que profeta», el más grande «entre los nacidos de mujer» (Mt 11, 9.11), como nos dice el Evangelio.

Ahora bien, dado que los dones y virtudes de San Juan procedían de Jesucristo, éste no necesitaba enaltecerlos, pues todo le pertenece. Sin embargo, el Hombre-Dios quiso dejarnos el ejemplo de una virtud olvidada: la admiración.

A través de la contemplación admirativa de los reflejos divinos en las criaturas nos preparamos para la admiración eterna, en la bienaventuranza. Como bien observaba el Dr. Plinio, «cuando admi-

ramos algo superior a nosotros, en el fondo estamos haciendo un acto de culto a Dios».²

Por otra parte, Mons. João afirma que la admiración «es una de las formas más sapienciales de practicar el amor a Dios en relación con nuestro prójimo»; y cuando la sociedad se deja penetrar por esta virtud, «bien podrá ser denominada Reino de María, pues estará impregnada por la bondad del Sapiencial e Inmaculado Corazón de la Madre de Dios».³

En cambio, el envidioso es profundamente odiador, como indica San Basilio: «Los perros se aman- san con el alimento que se les da; pero los envidiosos, cuanto más se les favorece y beneficia, más ingratos y agrestes se vuelven».⁴

Quien admira es alegre: *gaudete*, regocijaos, ¡admirad! He aquí la fórmula para que el lirio de la Iglesia Católica florezca.

Pidámosle a María Santísima, alma ejemplarmente admirativa, que nos infunda su embeleso por la Santa Iglesia, por sus santos y profetas, por su Tradición y por el tesoro de su doctrina eterna. ✠

El Evangelio de hoy nos enseña cómo el lirio de la Santa Iglesia puede florecer en el lodazal del mundo actual

¹ Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT. *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n.º 50.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Admiração desinteressada e inocente». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XXIII. N.º 267 (jun, 2020), p. 19.

³ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. «Admirar, jesa alegría!». In: *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2014, t. IV, p. 220.

⁴ SAN BASILIO MAGNO. *Homilía XI*. «De invidia», n.º 3: PG 31, 378.



Dos silencios... y una enseñanza

✠ P. Lucas García Pinto, EP



*En un mundo
agitado por
el desorden
en las almas,
recibimos la
invitación a
encontrar la
humildad y la
paz a través
del silencio
interior*

Hace algún tiempo, fue noticia un reto lanzado por una empresa de renombre internacional: ofrecían una gran suma de dinero a quien lograra permanecer más de una hora en una habitación aislada de cualquier ruido exterior.

A pesar del premio, aparentemente tan fácil de conseguir, las personas eran incapaces de quedarse allí quietas, escuchando tan sólo su respiración y los latidos de su corazón. Al cabo de un rato, se sentían angustiadas por estar entregadas únicamente a sus propios pensamientos. El mundo actual nos ha des-acostumbrado al silencio...

El Evangelio de este domingo, sin embargo, quiere mostrarnos la importancia del silencio interior.

En la narración de San Mateo (cf. Mt 1, 18-24) contemplamos dos silencios: el de la humildad y el del corazón.

Primero vemos a María Santísima que tras recibir la visita del arcángel San Gabriel anunciándole la más alta dignidad concedida a una criatura, la

de ser Madre de Dios, guarda silencio. No sale a la calle llamando la atención de los demás sobre el divino misterio que se estaba realizando en sus entrañas virginales, ni busca enaltecerse por la grandeza de su condición. No se considera con derecho a transmitirle ni siquiera a su castísimo esposo el milagro inefable que llevaba en sí, tal vez pensando: «Si lo que hay en mí es obra de Dios, Él mismo lo revelará a quien juzgue necesario». Silencio de la humildad, que guarda en sí los dones divinos y no se envanece de lo que ha recibido del Creador.

Por otra parte, vemos a San José, hombre justo, que la había recibido como esposa por medio de señales del Cielo y había ratificado con Ella el voto de guardar la virginidad por amor a Dios. No obstante, percibe en Nuestra Señora los signos característicos de la gestación...

Testigo de la santidad de María, ardiente devoto suyo como no ha habido otro en la historia, en ningún momento el Glorioso Patriarca sospechó siquiera de su integridad. Al contrario, enseguida se dio cuenta del sublime misterio que envolvía a su virginal esposa. Misterio tan elevado, que era indigno de conocerlo... Y si ésa era la voluntad de Dios, la actitud más perfecta consistía en aceptarla y recogerse en el silencio de su corazón.

Ambos silencios son fruto de la serenidad característica de quienes desean servir a Dios y están siempre dispuestos a renunciar a su propia voluntad para cumplir la suya.

Pero el mundo acostumbra a los hombres a la agitación, robándoles la paz de alma y la capacidad de, recogidos en su interior, aceptar la voluntad de la Providencia. Ése es el ruido constante que desequilibra las almas.

Aprendamos de María el silencio de la humildad, sin envanecernos jamás de los dones que debemos al Creador. Y sepamos, como San José, silenciar nuestras angustias y aflicciones, aceptando siempre la voluntad de Dios, pues esto traerá la aurora de su manifestación. ✠

«El sueño de San José», de Miguel Cabrera -
Museo de América, Madrid



Una elección decisiva

✠ P. Leonardo Miguel Barraza Aranda, EP



San Isidoro¹ cuenta que el águila recibió su nombre debido a la agudeza de su vista: *aquila*, de *acumen oculorum*, en latín. También dice que el ave mira de frente los rayos solares sin cerrar los ojos y sostiene a sus crías de forma que estén expuestas a dicha radiación, considerando dignas a las que mantienen la mirada fija y desechando a las que parpadean, por ser una deshonra para su especie.

Estas pintorescas reflexiones etimológicas nos vienen a la mente, por asociación de ideas, cuando leemos el prólogo del Evangelio de San Juan, proclamado en la liturgia de la Misa del día de la Natividad del Señor. La penetrante visión con la que comienza este himno tan sublime permitió a San Ireneo de Lyon² atribuirle a su autor, precisamente, la alegoría del águila.

De hecho, en la apertura de su evangelio, el Discípulo Amado —como digno portador del símbolo del águila— dirige su mirada directamente hacia la divinidad del «Sol de justicia» (Mal 4, 2), Jesucristo, nuestro Señor. Y anuncia que ese niño, el hijo de María contemplado hoy en su nacimiento, es el Verbo divino que, preexistente antes de los siglos de la historia humana, creó todas las cosas (cf. Jn 1, 1-3).

En los versículos siguientes, San Juan sintetiza magistralmente los temas de su evangelio, entre los que destaca uno, raramente comentado en la Navidad. Podría decirse que, al igual que el águila somete a sus polluelos a una prueba exponiéndolos al sol, también él desea que todos sus oyentes dirijan su mirada admirativa para contemplar la luz divina.

En efecto, el apóstol virgen es el único evangelista que empieza su relato narrando que la venida de Jesús al mundo provocó un conflicto. Sí, en torno a este Niño tan tierno, que por amor «se hizo carne y habitó entre nosotros» (1, 14), se plasmó un antagonismo radical: luz y tinieblas (cf. Jn 1, 5); Jesús y el mundo (cf. Jn 1, 10); fe e incredulidad (cf. Jn 1, 7); quien cree en Él y lo acoge recibe la vida divina y la gloria celestial, convirtiéndose en hijo de Dios (cf. Jn 1, 12), el que lo rechaza permanece en las

tinieblas y en la muerte eterna. He aquí la trágica y grandiosa elección que San Juan presenta en este himno, de la cual no podemos apartar la mirada.

Sin duda, estas consideraciones pueden parecer poco agradables en una celebración navideña. Pero, ante la actual crisis religiosa y moral que está sufriendo el mundo y, especialmente, la Iglesia, ¿es posible que no veamos esta realidad? ¿Seremos hijos de la luz o de las tinieblas? Se trata de una decisión clave para nuestro destino eterno.

Desde esta perspectiva, nadie tiene derecho a desesperar ni a desanimarse, porque, contando con María Santísima como intercesora, recibiremos gracias superabundantes para acoger la inefable luz del Niño Jesús y así participar en su Reino de amor por los siglos de los siglos. ✠

En medio de las alegrías navideñas, el prólogo del Evangelio de San Juan nos pone ante una alternativa: ser hijos de la luz o hijos de las tinieblas



Detalle de «Madonna delle Ombre», de Fra Angélico - Museo Nacional de San Marcos, Florencia (Italia)

¹ Cf. SAN ISIDORO DE SEVILLA. *Etimologías*. L. XII, c. 7, n.º 10-11. Madrid: BAC, 2004, p. 939.

² Cf. SAN IRENEO DE LYON. *Contre les hérésies*. L. III, c. 11, n.º 8: SC 211, 165.

Las puertas del Infierno no prevalecerán contra la familia

✠ P. Alessandro Cavalcante Scherma Schurig, EP



Familia. Pocas palabras resuenan en nuestros oídos con tantos matices de dulzura, suavidad y alegría. ¿Puede existir alguien que, habiendo recibido la dádiva de disfrutar de las bendiciones de un verdadero hogar, no lo recuerde con profunda emoción?

Por otro lado, querido lector, ¿conoce usted alguna institución que haya sido objeto de un odio más insensato, de una persecución más diabólica, de profanaciones más infames, que la familia? Preguntémoselo a la serpiente del paraíso, que atentó contra la primera pareja de la historia... y no será difícil encontrar la respuesta.

¿Por qué es tan sublime la familia? ¿Por qué molesta tanto a las fuerzas del mal? La fiesta de hoy nos da la respuesta: Dios quiso nacer en una familia, con padre y madre. Podría haber prescindido de uno u otro, pero no quiso hacerlo, a fin de establecer un arquetipo para la familia y, en cierto modo, iniciar la Santa Iglesia, que bien puede definirse como la reunión de personas en función del amor y la alabanza a Jesucristo. No fue otra la razón de la unión entre María Santísima y San José, en los años que estuvieron junto al Niño Jesús.

Pero también allí vemos la furia brutal y sanguinaria del demonio, que valiéndose de Herodes como instrumento, con el propósito de destruir a «La» familia, aniquiló a cientos de otras...

Ahora bien, en los medios de comunicación actuales, en la literatura, en las miles de voces que susurran malos consejos o cuchichean conspiracio-

nes para llevar a los jóvenes a la impureza o a los adultos al adulterio, ¿acaso no está presente la misma saña de la que fue objeto la Sagrada Familia?

La defensa más eficaz que los católicos pueden levantar contra tantos ataques es ver a la familia desde ese prisma sublime, que dará como fruto un gran respeto, de acuerdo con la exhortación de San Pablo a los colosenses: «Revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia. [...] Y por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta» (3, 12.14).

Cuántas veces hemos sido testigos de hogares que se desgastan, se desunen e incluso —¡oh, dolor!— se separan, porque no supieron mantener una atmósfera de caridad, elevación y cortesía en su seno; más bien, permitieron que la impiedad, la vulgaridad, el igualitarismo y la falta de respeto en el trato se introdujera en él.

Dirijamos hoy nuestra mirada hacia la Sagrada Familia. ¡Por cuántas vicisitudes no habrá pasado en su repentino traslado, durante la noche, a Egipto! Sin embargo, resulta inconcebible imaginar a San José despertando a la Virgen María con agitación y brusquedad, o tomando al Niño Jesús con acritud, para emprender el viaje.

Fueron un modelo para la Santa Iglesia y hoy son un ejemplo para la institución familiar. Si cada familia comprende el altísimo papel que está llamada a desempeñar, no dudamos en aplicarle lo que el Señor dijo de su Iglesia: «Las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16, 18). ✠

Ojalá cada familia comprenda el altísimo papel que está llamada a desempeñar, como una pequeñita «Iglesia», en este mundo paganizado



«Huida a Egipto», de Gentile da Fabriano - Galería Uffizi, Florencia (Italia)

Reproducción

SALVADO POR LA NAVIDAD

Caía la noche en aquel 24 de diciembre de 1795. Un intenso frío invernal azotaba las regiones de Bretaña, trayendo a la memoria de un pobre campesino la noche santa por excelencia en la que el Salvador vino al mundo.

No obstante, la situación en la que se encontraba difería trágicamente de la primera Navidad: el canto de los ángeles no se oía, la estrella de los Reyes Magos no brillaba y la mirada maternal de la Virgen, unida a la benevolencia paternal de San José, era sustituida por el odio de cuatro facinerosos revolucionarios que lo habían atado a un árbol...

El joven formaba parte de los fervientes católicos que vivían en el noroeste de Francia, conocidos como *chouans*, y que en nombre de la religión y la monarquía resistieron a la violencia de la Revolución francesa.

Tras haber sido brutalmente hostigado, escuchaba angustiado las mofas de sus perseguidores y sentía que la muerte se acercaba, porque, en los tiempos de una guerra como ésta, un hombre capturado era sinónimo de un hombre perdido.

—¡Si pudiera, de un solo disparo, matar a más de mil de tu calaña! —vociferaba uno de los malhechores.

El prisionero, cabizbajo, no decía nada. Tampoco era necesario que lo hiciera; Dios hablaría por él.

Entonces, una melodía cristalina rompió el silencio de aquellas vastas extensiones. Ora graves y solemnes, ora agudas e inocentes, en la lejanía repicaban las campanas. Sobresaltados, pensando que se trataba de una señal de alarma de los resistentes, los republicanos preguntaron al *chouan* de qué se trataba.

—Es Navidad —respondió— y están tocando para la misa de medianoche.

¡Navidad! Esa palabra resonó en sus corazones empedernidos, despertando un mundo de nostálgicos recuerdos: misas del gallo en familia, encantadores belenes y luminosos árboles de Navidad, música de diáfana candidez, regalos vivamente esperados, succulentos banquetes... en fin, todo lo que puede adornar una verdadera y santa Navidad susurraba a sus almas irresistibles invitaciones a la conversión. La inocencia, ya agonizante en aquellas almas, hacía su último llamamiento... y parecía que estaba siendo atendida.

Después de un elocuente silencio, los revolucionarios le dirigieron la palabra al desafortunado, ya con cierta compasión. Le preguntaron de dónde era y cómo se llamaba.

—Soy de Coglès, y me llaman Branche d'Or —declaró el *chouan*.

—¿Tu madre todavía está viva? ¿Tienes esposa e hijos?

Un gemido ronco fue su única respuesta y, a la luz de la hoguera, brilló una lágrima en su rostro. Los soldados, avergonzados, se miraron entre sí. Intentaban contener el deseo de soltarlo, en tanto las campanas seguían repicando en los alrededores.

—Puedes irte —le dijo el comandante al contrarrevolucionario, mientras lo desataba.

El bretón levantó la cabeza sin creerse lo que estaba oyendo.

—¡Vete rápido! ¡Huye! Eres libre.

Pensando que se trataba aún de otra injuria, el *chouan* se levanta

y observó por un momento a los revolucionarios. Una luz, milagrosa como la estrella de Belén, parecía titilar en el semblante de aquellos asesinos. Al darse cuenta de que lo que había escuchado era cierto, huyó hacia el bosque en dirección a su aldea. Había sido salvado por la Navidad...

Cuánta ternura, sublimidad y sacrosanta unción acompañan esta fiesta. Sus campanas tañen para todos, incluso para quienes se han apartado de Dios. Para los justos resuena como un himno de consuelo; para los pecadores, como una invitación a abandonar sus vicios más arraigados. Y nosotros, ¿qué haremos con las gracias de esta Navidad? ✦



El joven «chouan» escuchaba angustiado las mofas de sus adversarios, sintiendo que la muerte se acercaba... ¡Un hombre capturado era un hombre perdido!

«El espía», de Victor Henri Juglar - Museo de Bellas Artes y Arqueología, Châlons-en-Champagne (Francia)



El sacerdocio supremo

Al asumir la naturaleza humana en la Encarnación, el Señor se convirtió en el Mediador perfecto y el Pontífice por excelencia, ya que, siendo hombre y Dios, no podía haber otro superior!

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

El mundo moderno, tan desprovisto de símbolos, de liderazgo y de belleza, en el que todo depende de la máquina y de la cibernética, vuelve a las personas mucho más animales que espirituales, propensas a preocuparse sólo por lo que les afecta en carne propia o en el bolsillo, y a moverse únicamente en función de sus apegos y sentimientos. Y la idea de sacrificio parece haber sido desterrada de la mente del hombre moderno.

También cada uno de nosotros, por el hecho de vivir en esta era de ateísmo en la que Dios es olvidado, fácilmente nos vemos llevados a interesarnos mucho más por las cosas concretas, en lugar de colocarnos ante las perspectivas más elevadas del mundo sobrenatural.

Si no tenemos cuidado, vamos a misa y asistimos a la acción litúrgica como lo haría un bruto en un espectáculo, cuando lo más importante y excelente, el verdadero punto culminante de nuestro día, es ese momento divino y grandioso del santo sacrificio.

Un tesoro de gracias a nuestra disposición

Las mentes de todos los ángeles y de todos los hombres no son capaces de contener la grandeza del sacrificio del Calvario que se estableció hace dos mil años, por primera vez, y se renueva cada día, de forma incruenta, por toda la faz de la tierra. Ahora bien, no aprovechar

ese tesoro de gracias que el Redentor ha conquistado es una falta por omisión.

Todos nosotros que somos cristianos participamos, por el bautismo, del sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso, al asistir a la celebración eucarística, es una buena costumbre unirnos al misterio que se va a realizar y, en el momento en que el sacerdote prepara las ofrendas y levanta la hostia a media altura y el cáliz que serán consagrados, ofrecer a Dios Padre, por mediación del mismo Jesús y por la intercesión de María Santísima y nuestro ángel de la guarda, la sangre preciosísima de su Hijo, pidiendo los beneficios de ese sacrificio para el bien de la Iglesia y de las almas, así como para nuestra salvación y perseverancia personal, por nuestros ideales y objetivos, para el cumplimiento de nuestra misión y por las personas que apreciamos.

Todo lo que el Señor compró, sufriendo en la cruz, ¡se obtiene con una sola misa! No hay nada que no se pueda alcanzar con ella, siempre que las intenciones sean buenas.

Debemos recordar esta verdad varias veces al día, desde que nos despertamos por la mañana hasta el momento en que cerramos los ojos para dormir por la noche, suplicando que incluso los latidos de nuestro corazón, el inflado y desinflado de nuestros pulmones, la sangre que corre por nuestras venas y las células que se renuevan, en suma,

todo en nuestro organismo transcurra en unión con ese generoso sacrificio, cuyos efectos son infinitos.

Sacrificio y sacerdocio en las religiones paganas y en Israel

Junto a esta realidad tan importante del sacrificio —que brota de una ley natural existente en toda criatura humana y que ya era común en los pueblos antiguos, y en las religiones más bárbaras inclusive—, siempre aparece la figura fundamental del sacerdote, pues sacrificio y sacerdocio son correlativos.

En la encíclica *Ad catholici sacerdotii*, el papa Pío XI escribe, en un lenguaje sobrio pero muy elevado y literario, lo siguiente: «En todos los pueblos cuyos usos y costumbres nos son conocidos, [...] hallamos sacerdotes, aunque muchas veces al servicio de falsas divinidades; dondequiera que se profesa una religión, dondequiera que se levantan altares, allí hay también un sacerdocio, rodeado de especiales muestras de honor y de veneración».¹

En el Antiguo Testamento, cuando los israelitas salieron de Egipto tras cuatrocientos treinta años de esclavitud, nació, ya en los orígenes de la religión hebrea, la institución del sacerdocio levítico, establecido por Moisés según la orientación divina.

Ahora bien, Dios, que creó al hombre con cuerpo y alma, sabe que sólo los principios y la doctrina no bastan

para moverlo. Lo que realmente lo arrastra es el ejemplo, el cual, al actuar sobre las tendencias, crea las condiciones para la práctica de la ley.

Por eso, además del profeta que advertía e indicaba el camino, y a quien se le entregaron los mandamientos escritos en tablas de piedra, era necesario que hubiera un sacerdote que representara al pueblo a los pies del Señor y a éste, ante el pueblo, intercediendo y ofreciendo sacrificios con el extraordinario poder de impetración garantizado por Dios mismo, con el fin de obtener el auxilio y las fuerzas para la observancia de la ley.

Y vemos que, para darles a los israelitas una noción clara acerca de la grandeza del sacerdocio, Dios le ordenó a Moisés que nombrara sacerdote a Aarón, adornándolo y revistiéndolo con insignias muy simbólicas, que recordaran fácilmente su imagen de intercesor.

Cuando él sacrificaba los animales —corderos, cabritos, palomas o bueyes—, ofreciéndolos a Dios en expiación, y luego recogía la sangre en un recipiente y la aspergía con una rama de hisopo a la asamblea, su gesto significaba para ese pueblo de costumbres rudas cuánto las ofrendas hechas por el sacerdote abrían el corazón de Dios para bendecir y obtener el perdón de los pecados.

Así pues, todo esa simbología tenía como objetivo preparar las almas para la aparición del Sacerdote Supremo. Y aquellas víctimas, inmoladas durante siglos, nos acostumbraban a comprender quién sería la Víctima por excelencia que vendría más tarde, cuya sangre redentora compraría la salvación de todos.

Sacerdote, Mediador y Víctima

En las religiones naturales, la sociedad escogía a uno de sus miembros para ofrecer sacrificios y apaciguar a las «divinidades». Pero, a partir del momento en que Dios se dignó fundar su Iglesia, Él mismo codificó el sacerdocio y eligió a su sacerdote.

Cuando el gobierno de un estado necesita un embajador en otro país, selec-

ciona para esa tarea a alguien de la nación, ya que un extranjero, que no tiene sangre nativa, no puede representar a la patria. De igual modo, puesto que el oficio propio del sacerdote es el de ser mediador entre Dios y los hombres,² debe necesariamente pertenecer al género humano, porque a un ángel no le convendría ejercer la función sacerdotal.

Por la misma razón, no se le atribuye al Padre ni al Espíritu Santo el título de sacerdote, sino al Verbo encarnado, engendrado por el Padre desde toda la eternidad y enviado por Él a la tierra.

En efecto, en cuanto Dios —Santo Tomás³ nos lo afirma—, el Hijo no podría ofrecer un sacrificio al Padre, pues ambos son iguales. Pero al descender del Cielo y asumir la naturaleza humana, se convirtió en el Mediador perfecto, plenamente capacitado para ser el Pontífice por excelencia, ya que, siendo hombre y Dios, ¡no hay otro superior!

Si en el Antiguo Testamento el sacerdote debía ofrecer holocaustos y sacrificios expiatorios tanto por los pecados del pueblo como por sus propias faltas, Nuestro Señor Jesucristo llevó esa realización a la plenitud al ofrecerse a sí mismo como Víctima de valor infinito, que honra a su Padre permanentemente y repara los pecados de toda la humanidad.

Cristo, tanto en el Cielo como en la tierra, se convirtió en el verdadero Cordero de Dios, inmolado por la salvación de los hombres. Por eso el Padre rechazó los holocaustos de la antigua ley, pues ya no tenía sentido realizar ritos prefigurativos en presencia del único sacrificio perfectísimo, puro y sin mancha, como explica Santo Tomás.⁴

Vemos aquí la importancia de que el Señor no tenga persona humana, pues, si así fuera, quien moriría sería un simple hombre y no Dios, y, por lo tanto, no se obraría la Redención, ya que su

humanidad, en términos absolutos, no podría desagaviar las ofensas cometidas contra el Creador. Sin embargo, por la gracia de la unión, la naturaleza humana de Cristo es susceptible de adoración y, en consecuencia, cualquier actitud suya, por pequeña que

La simbología del sacerdocio mosaico buscaba preparar las almas para la aparición del Sacerdote Supremo, y de la Víctima por excelencia

El sacrificio de la antigua ley



sea, tiene valor infinito y bastaría para liberar al mundo entero del estado de maldición resultante del pecado.

El Salvador concibió algo tan grandioso, que está por encima de cualquier concepción angélica o humana: se encarnó para morir en la cruz y redimirnos, cuando un simple gesto, una lágrima o una sonrisa suya ya habrían sido suficientes para promover la Redención, borrar la mancha del pecado e incluso perdonarnos la pena merecida. ¡Cuánto más, entonces, hizo Jesús por nosotros al entregar toda su sangre divina!

La dignidad de María, por encima del sacerdocio

Ahora bien, ¿desde qué momento Jesucristo se convirtió en sacerdote y mediador?

A partir del instante en que la Santísima Virgen dijo: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38) y se produjo un milagro extraordinario: el Espíritu Santo la cubrió y, por obra de este mismo Espíritu, comenzó el proceso de gestación del Hijo de Dios. Es decir, cuando concibió y se produjo la infusión del alma del Señor en el claustro materno, Jesús fue ungido sacerdote con el santo «aceite de júbilo» (Sal 44, 8), ofreciendo anticipadamente el sacrificio de su propia vida. Y por eso es llamado el Cristo.

Por consiguiente, al dar su «fiat» en el misterio de la Anunciación, Nuestra Señora cooperó en cierto modo en esa unción,⁵ por la cual se inició la historia de la Redención del género humano. Allí, oculto en el seno virginal de María y santificando aún más a su propia Madre, Jesús hizo su primera oración sacerdotal, en cuanto intercesor ante Dios por los hombres.

Vemos, pues, la gran relación que existe entre la Santísima Virgen y los sacerdotes, ya que al ser Madre del Sumo, Verdadero y Único Sacerdote lo es tam-

bién de todos los demás que están unidos a Jesucristo por toda la eternidad.

No obstante, es importante recordar que, por la maternidad divina, María está inserta de manera relativa en el orden hipostático —que es la unión de la naturaleza humana con la naturaleza divina— y, por tanto, se encuentra por encima del plano de la gracia al que pertenecen los siete sacramentos, entre los que se encuentra el del orden.⁶

Por eso, la dignidad de María como Madre de Dios es incomparablemente superior a la del sacerdote. Ella nunca recibió el sacramento del orden sacerdotal —reservado por el divino Maestro a los varones—, pero fue asociada por Cristo a la obra de la salvación. Nuestra Señora tiene una parte intrínseca en el sacrificio redentor, mientras que el sacerdote se limita a reproducirlo de forma extrínseca y puramente instrumental al celebrar la santa misa.⁷

La consumación del sacrificio ocurrió en la Resurrección

El Señor fue, por tanto, sacerdote desde el instante de su concepción y, sobre todo, en el momento en que nació. Más tarde, cuando fue presentado en el Templo para cumplir la ley, cuando regresó allí a los 12 años para discutir con los doctores y cuando comenzó su vida pública estuvo constantemente sirviendo de intermediario entre el pueblo y Dios. Conociendo en sí mismo la flaqueza humana, «menos en el pecado» (Heb 4, 15), Jesús se apiadaba de los que, conscientes de su propia debilidad, buscaban su intercesión ante el Padre. No hubo una sola persona que se le acercara pidiendo perdón que Él no se lo concediera o incluso tomara la iniciativa de ofrecerlo sin haberlo solicitado.

Cuando llegó la hora de su pasión, se dejó prender y llevar maniatado, permitió ser azota-

Jesús se encarnó para morir en la cruz y redimirnos; su sacerdocio empezó en su concepción y se consumó en su Pasión, Muerte y Resurrección



«Cristo crucificado entre la Virgen y San Juan Evangelista», de Lorenzo Monaco - Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

do, coronado de espinas, abofeteado, escupido y despreciado en comparación con Barrabás. Finalmente, aceptó llevar la cruz a cuestas y ser crucificado, morir y ser sepultado... Sin embargo, al tercer día, ¡se resucitó a sí mismo!

En la antigua ley, cuando eran inmolados animales como ofrenda al Señor, una parte de la víctima debía ser consumida por el sacerdote y la otra se entregaba al oferente, para que la comiera él y su familia. Dios lo había establecido así para mostrar su aceptación del banquete ofrecido y hacer que la gente participara de él.

No obstante, al tratarse de un sacrificio de expiación, era menester que la ofrenda fuera quemada, pues la reparación requería la consumación por el fuego.

Ahora bien, siendo el sacrificio de Nuestro Señor una expiación, parecería necesario que su cuerpo se deteriorara según las leyes normales de la naturaleza caída... Pero sabemos que esto no sucedió. Se produjo la separación entre el cuerpo y el alma, lo que constituyó su muerte, pero ambos permanecieron unidos a la divinidad, por la gracia de unión, y no hubo destrucción.

De este modo, la consumación del sacrificio redentor habría tenido lugar



Mons. João en diciembre de 2007

*A causa de este
Mediador, y por la
oblación perfecta que
Él hizo, el Padre nos
colma de bendiciones
y de todas las gracias
que Jesús tiene en sí*

en el momento de la Resurrección, porque entonces desapareció del cuerpo de Cristo todo lo que era padeciente y mortal; le dejó a la tierra lo que le pertenecía, para asumir la gloria, que es del Cielo, en conformidad con su alma, que ya se encontraba en la visión beatífica desde el primer instante de la Encarnación. Jesús había negado esa gloria a su cuerpo para poder sufrir el suplico de la cruz.

Habiendo resucitado, subió al Cielo y nos abrió las puertas de la bienaventuranza eterna. Sentado ahora a la derecha del Padre, continúa, como Sacerdote Supremo, intercediendo por los hombres y presentando nuestros sacrificios y oraciones.

A causa de este Mediador, y por la oblación perfecta que Él hizo, el Padre nos colma de bendiciones y nos distribuye todas las gracias que Jesús tiene en sí mismo como tesoro.

Dios no puede querer nuestro mal; al contrario, ¡sólo desea nuestro bien! Por lo tanto, basta con que no pongamos obstáculos y ¡Él nos llevará a la más alta perfección! ✠

Fragmentos de exposiciones orales pronunciadas entre 1992 y 2010.

¹ Pío XI. *Ad catholici sacerdotii*, n.º 8.

² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 22, a. 1.

³ Cf. *Idem*, q. 26, a. 2.

⁴ Cf. *Idem*, I-II, q. 103, a. 3.

⁵ Sobre este punto, así se expresa Alastruey: «María, con su libre consentimiento, cooperó a la institución o consagración sacerdotal de Cristo [...]. Ella, por

tanto, dio el sujeto de la consagración concebido de sí misma, y ofreció el lugar o templo donde había de hacerse, su seno virginal, como santuario, consagrado especialmente para esto. Grimal, a este respecto, dice: “La Encarnación no es más que la inefable ordenación de Jesús”» (ALASTRUEY, Gregorio. *Tratado de la Virgen Santísima*. 4.ª ed. Madrid: BAC, 1956, p. 612).

⁶ En este sentido, afirma el dominico Merkelbach: «Superando la maternidad divina a la misma gracia santificante y a la gloria, supera necesariamente a las otras gracias, esto es, a las gracias gratis dadas, y a las demás dignidades; en particular, al mismo sacerdocio» (MERKELBACH, OP, Benito Enrique. *Mariología*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1954, p. 107).

⁷ «María tuvo una participación propia y exclusiva de Ella en el sacrificio de la cruz, cual convenía a la Madre de Dios [...]; y, por tanto, no puede negársele una participación tal del poder sacerdotal que la coloque bajo el supremo sacerdocio de Cristo y sobre el sacerdocio ministerial y jerárquico» (ALASTRUEY, *op. cit.*, p. 617).

En ella residen las mejores expectativas de la humanidad

Camino objetivo e inequívoco, trazado por el propio Cristo y confirmado por la Iglesia, la liturgia permite al hombre el encuentro con Dios en cada celebración.

✠ João Paulo de Oliveira Bueno



«**H**oy que nos ha nacido el Salvador del mundo para comunicarnos la vida divina, te pedimos que nos hagas igualmente partícipes del don de su inmortalidad», reza el sacerdote en la Misa de Navidad.

Sin embargo... ¿en qué se fundamenta la osadía del hombre para afirmar en esta oración que *hoy*, más de dos mil años después de que Cristo viniera al mundo, Él nace para nosotros?

La Iglesia, en sus oraciones, ¿estaría empleando un recurso lingüístico impregnado de belleza, pero desprovisto de verdad, como a veces piensan los eruditos sin fe? ¿O estaría valiéndose entonces de un discurso persuasivo que incite a sus creyentes a revivir en su memoria hechos tan antiguos como importantes a sus ojos, como susurran ciertos piadosos fracasados en el estudio teológico?

El problema se nos plantea; y resolverlo únicamente a expensas de la «fe» parece una solución realmente simplista y superficial. De hecho, a veces preferimos decir que *creemos* sólo para no tener que explicar *por qué creemos*, dejando la razón de nuestra fe en un aprieto hasta que nos topamos con la incoherencia que eso conlleva.

Así pues, ¿por qué creemos que *hoy* Cristo ha nacido por nosotros? La respuesta a esta pregunta quizá no encuen-

tre una ocasión más propicia para esclarecerlo que la Navidad.

Cabe señalar, en primer lugar, que el período navideño, en cierto sentido incluso más que los días pascuales, está cargado de elementos sensibles impactantes, que nos dejan fascinados y sumergidos en una atmósfera de inocencia difícilmente igualable a lo largo del año.

Fulgores de las celebraciones navideñas

¿Quién no añora acechar, cuando niño, el montaje de ese árbol cargado de encantadoras bolas, a las que el destello de las luces les confería cierta idea de volverse casi preciosas a los ojos de quien las admiraba? ¿O, aún más, todos los preparativos que apuntaban a la principal reunión familiar del año, en una espléndida cena, donde la vajilla, las copas e incluso los trajes parecían adquirir nueva belleza?

De pequeños, ¿quién de nosotros no albergaba interiormente la curiosidad por saber cuán augusta era aquella celebración para la que nos arreglábamos, sin entender muy bien por qué íbamos a ella, la Misa de Gallo?

Pero todo esto tan sólo constituía una preparación; lo arrebatador era entrar en la iglesia. Incluso ésta parecía más impregnada de vida: sus paredes

rezumaban luz; las personas se mostraban más amables y comunicativas; el coro se alegraba de volver a cantar junto a los instrumentos musicales; el altar, dignificado por los innumerables jarrones de flores que lo adornaban, traslucía limpieza y decoro; el celebrante y los que lo asistían llevaban vestimentas que resaltaban la solemnidad del culto.

Al deleite de la vista, ya tan bien servida, se añadía el placer del oído: las campanas comenzaban a repicar. Y, además de ese gozo interior —inexplicable para quien prefiere la voluptuosidad de la carne— se sumaba el suave olor de un incienso usado en pocas ocasiones, pues su selecto aroma reafirmaba la importancia de la fecha.

Si las palabras de la ceremonia no significaran algo esencialmente más importante, en función de lo cual se ordenaban todos estos elementos externos, nuestros sentidos ya estarían satisfechos; no obstante, sólo encontrarían su fin cuando el paladar se deleitara con el manjar grato a todo gusto (cf. Sab 16, 20), la Eucaristía.

Es Navidad, y la Iglesia se revela como la única capaz de dispensar a los hombres un júbilo que supera cualquier gozo pasajero, pues marca no sólo nuestros sentidos externos e internos, sino también la esencia de nuestras almas.

Para ello, se vale de la liturgia, un medio eficaz y deseado por el propio Cristo, para hacer presentes a los hombres las mismas gracias y bendiciones concedidas en las ocasiones más significativas de su paso por este mundo, con vistas a la Redención del género humano.

Con la intención de rememorar esa atmósfera sobrenatural, mencionaremos, en primer lugar y a modo de ejemplo, algo sobre las celebraciones navideñas, para que comprendamos mejor el sitio que ocupa la liturgia en la Iglesia y en qué consiste su estudio en el ámbito de la teología.

Camino objetivo e inequívoco hacia Dios

La liturgia es el conjunto de elementos y prácticas del culto cristiano.² Su existencia reside en el hecho de que el hombre necesita restituirle a Dios la alabanza y la adoración que le son debidas, prestándole un servicio relacionado con la virtud de la religión.³

Por esta virtud, el hombre le tributa a Dios el honor que le corresponde⁴ o, en otras palabras, se esfuerza por saldar su deuda con el Creador.⁵ Cicerón⁶ ya había señalado algo similar al observar la estrecha relación entre religión y culto.

Es, pues, a través de la religión que nos *religamos* con el Dios único y omnipotente, desde la óptica de San Agustín.⁷ Ahora bien, por el simple hecho de que tal virtud nos ordena al Señor no como *objeto*, sino como *fin*, a modo de manifestación externa,⁸ se hace necesario un culto con aparatos sensibles, mediante los cuales se atienda la íntima conexión entre nuestro cuerpo y nuestra alma.

De lo expuesto se desprende que el culto debe unir tanto los elementos externos como los internos; en verdad, los actos humanos proceden del interior del hombre, y la plena consumación de nuestra ofrenda a Dios, a través de la liturgia, se produce con la conjugación de nuestra sinceridad de corazón con las prácticas exteriores.

En resumen, la liturgia no es más que un camino objetivo e inequívoco,

trazado por el propio Cristo y confirmado por la Iglesia, para que el hombre avance hacia Dios.

Espejo de la acción divina entre los hombres

Es en este sentido, además, que la liturgia puede entenderse como un lugar teológico,⁹ al proporcionar datos verosímiles y fidedignos para la comprensión de la propia teología dogmática, notablemente por medio de sus oraciones —*lex supplicandi*—, porque expresan el sentido de nuestra fe y lo que creemos —*lex credendi*.¹⁰

Resulta comprensible, por tanto, la conveniencia de que la Iglesia haya forjado de manera progresiva, orgánica y criteriosa todo lo que concierne a su

culto, a fin de que la realidad teológica expresada por las palabras de los textos litúrgicos pudiera ser creída también mediante los gestos propios del rito y el ambiente en el que se desarrolla.

Como ejemplo de ello, bastan los procesos de conversión —más frecuentes de lo que suponemos— de hombres de letras con reconocida luz intelectual, como Joris Karl Huysmans o André Frossard, que emprendieron su acercamiento a la Iglesia gracias a las bendiciones de la liturgia y la irresistible atracción del *pulchrum*.

En este sentido, se entiende la audaz afirmación de Benedicto XVI: «La belleza, por tanto, no es un elemento decorativo de la acción litúrgica; es más bien un elemento constitutivo, ya que



Stephen Nami

La liturgia es el conjunto de elementos y prácticas del culto cristiano por los cuales restituimos a Dios la alabanza que le es debida; por sus aparatos sensibles, la íntima conexión entre nuestro cuerpo y nuestra alma se ve plenamente atendida

Misa de Navidad en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caeiras (Brasil), en 2024



Mediante la liturgia, en la Navidad recibimos las mismas gracias que fueron derramadas sobre la humanidad cuando el Niño Jesús nació en Belén

Niño Jesús - Basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras

es un atributo de Dios mismo y de su revelación. Conscientes de todo esto, hemos de poner gran atención para que la acción litúrgica resplandezca según su propia naturaleza».¹¹

En otros términos, la liturgia es, metafóricamente, un reflejo de la ac-

ción divina entre los hombres. En el ámbito de la teología, se sitúa como la más alta muestra sensible y real de la manifestación de Dios, ya sea por su belleza esencial, ya sea por la verdad expresada en las palabras de la acción litúrgica, mediante las cuales se actualizan los misterios de este mismo Dios celebrado.

Medio por el que los misterios de la Redención se actualizan

Por lo tanto, si creemos que hoy Cristo ha nacido por nosotros, es porque tenemos la convicción de que Él vino al mundo en una gruta de Belén, hace más de dos mil años, como punto de partida de nuestra Redención, cuyo misterio allí obrado es ahora renovado y, más precisamente, *actualizado* por la Iglesia a través de la liturgia.

De modo que, entre aquel nacimiento y el que ahora celebramos, existe únicamente una diferencia: el tiempo. Las gracias, podemos recibirlas de la misma manera que los pastores o los Reyes Magos las recibieron, siempre y cuando nuestra disposición interior sea igual a la de ellos, en el

sentido de amar, alabar y reverenciar al Niño, tan frágil, aunque creador, nacido de la Virgen María la noche de Navidad.

Efectivamente, la Iglesia suplica en la Misa de la vigilia de Navidad: «Oh, Dios, que cada año nos alegras con la esperanza de nuestra redención, concede a quienes acogemos gozosos a tu Unigénito, Jesucristo Señor nuestro, como Redentor poder contemplarle sin temor cuando venga también como Juez».¹²

De esta forma, por medio de la liturgia, Cristo no sólo une el Cielo y la tierra, sino que se encarna sacramentalmente bajo las especies eucarísticas, permitiéndonos encontrarlo en el altar sin necesidad de un viaje tan penoso como el de los Reyes Magos ni del aviso de los ángeles, como el que les dieron a los pastores, para que fueran a adorar al recién nacido acostado en el pesebre (cf. Lc 2, 16). A nosotros Él solamente nos pide la convicción del poder de su Iglesia, la única capaz de, cada Navidad, traer al Redentor al mundo: «Hoy brillará una luz sobre nosotros, porque nos ha nacido el Señor».¹³

En la liturgia residen, pues, las mejores expectativas de la humanidad. ✚

¹ NATIVIDAD DEL SEÑOR. Misa del día. «Oración después de la comunión». In: MISAL ROMANO. Traducción española de la 3.ª ed. típica latina. Madrid: Libros Litúrgicos, 2020, p. 162.

² La lista de elementos que forman parte de la liturgia es muy amplia. Citemos sólo algunos: los libros litúrgicos, el cáliz, el copón, el sagrario, el turíbulo, el incienso, los ornamentos y paramentos, la cruz, los candeleros, el altar y el ambón. Las prácticas pueden estar simplemente relacionadas con el culto o con la celebración específica de algún sacramento o la distribución de un sacramental.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q.186, a.1. El término *λειτουργία*, que

conlleva el concepto de servicio dirigido al bien de la colectividad, pasó a designar de manera especial el servicio constituido por el culto a Dios. Por lo tanto, su significado siempre ha estado arraigado en el interés general y no meramente individual. En este contexto se entiende cómo incluso los actos «pequeños» de la liturgia tienen una identidad pública y universal en la Iglesia, ya que se refieren al culto integral a Dios y no a una mera ceremonia privada.

⁴ Cf. *Idem*, q. 81, a. 2.

⁵ Cf. LABOURDETTE, OP, Marie-Michel. *La religion*. Paris: Parole et Silence, 2018, p. 34.

⁶ Cf. CICERÓN, Marco Tulio. *De natura deorum*. L. II, n.º 5-6.

⁷ Cf. SAN AGUSTÍN. *De civitate Dei*. L. X, c. 3, n.º 2; *De vera religione*. C. LV, n.º 113.

⁸ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *op. cit.*, q. 94, a. 1, ad 1.

⁹ No es superfluo subrayar que la liturgia es esencialmente la celebración de los misterios de nuestra fe, expresados en la vida de Nuestro Señor Jesucristo; mientras que la teología es la profundización racional de estos mismos misterios. Sin embargo, la liturgia será un *locus theologicus* en la medida en que se fundamente en la Sagrada Escritura y la Tradición, reafirmadas por el magisterio.

¹⁰ Pretendemos aquí emplear el axioma forjado por Próspero de Aquitania: «*Ut legem creden-*

di lex statuatur supplicandis», que la norma del orar determine la regla del creer (*De gratia Dei et libero voluntatis arbitrio*, c. VIII: PL 51, 209), entendido según la óptica agustiniana de asumir la oración de la Iglesia, expresada por la liturgia, como criterio de fe.

¹¹ Benedicto XVI. *Sacramentum caritatis*, n.º 35.

¹² NATIVIDAD DEL SEÑOR. Misa de la vigilia. «Oración colecta». In: MISAL ROMANO, *op. cit.*, p. 159.

¹³ NATIVIDAD DEL SEÑOR. Misa de la aurora. «Antífona de entrada». In: MISAL ROMANO, *op. cit.*, p. 160.



Jesucristo vivo en la tierra

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

§1120. La misión de salvación confiada por el Padre a su Hijo encarnado es confiada a los Apóstoles y por ellos a sus sucesores: reciben el Espíritu de Jesús para actuar en su nombre y en su persona. Así, el ministro ordenado es el vínculo sacramental que une la acción litúrgica a lo que dijeron y realizaron los Apóstoles, y por ellos a lo que dijo y realizó Cristo, fuente y fundamento de los sacramentos.

«**T**odas las iglesias de la faz de la tierra podrían ser destruidas, pero dondequiera que todavía quede un sacerdote, aún podremos tener la misa, aún podremos tener la Santa Eucaristía».¹ Si esta afirmación ya nos sorprende por su profundidad y belleza, quizá nuestra sorpresa sea mayor al descubrir quién es su autor y, sobre todo, los motivos que le llevaron a pronunciarla.

Se trata de una frase del cardenal Van Thuan, que pasó trece años encerrado en terribles cárceles del Vietnam comunista. ¡Con cuánta emoción celebraba clandestinamente la santa misa, estando entre rejas! Sacerdote del Dios Altísimo y príncipe de la Santa Iglesia, sabía que, incluso prisionero, tenía un poder que no es otorgado a los ángeles: por la consagración, Nuestro Señor Jesucristo se hacía presente en su celda, como otrora en la

gruta de Belén. «¿Qué lengua angélica o humana podría explicar un poder tan ilimitado? ¿Quién podría imaginar que la palabra de un hombre [...] recibiría de la gracia la fuerza prodigiosa de hacer descender del Cielo a la tierra al Hijo de Dios?».²

El purpurado vietnamita tenía muy presente que «el ministro ordenado es el vínculo sacramental que une la acción litúrgica a lo que dijeron y realizaron los Apóstoles, y por ellos a lo que dijo y realizó Cristo», y que, por tanto, como sucesor de los Apóstoles actuaba en nombre de Jesús y en su persona.

En efecto, cuando los ministros consagrados bautizan, cuando atienden a los fieles en confesión, cuando celebran la santa misa, ¡es literalmente el propio Hombre-Dios quien lo hace a través de ellos!

Por esa razón, ¡qué gran responsabilidad tienen de conformar su vida a la del Señor! San Juan de Ávila³ los llama relicarios de Dios, casa de Dios y, en cierto modo, creadores de Dios. Y San Juan Eudes, por su parte, afirma que «el sacerdote es Jesucristo vivo y caminante sobre la tierra».⁴

Pero, al mismo tiempo que consideramos la sublimidad del sacerdocio, conviene también reflexionar cuán grande debe ser la admiración y el respeto de los fieles por los ministros del Señor. Si nos fuera dado ver lo que místicamente ocurre cuando el sacerdote administra los sacramentos y si profundizáramos en el augusto misterio de la liturgia, ¡saldríamos de cada celebración con el alma «rejuvenecida» por haber entrado en contacto con el propio Dios!

Ante tan maravillosa y divina presencia del Señor, tal vez comprendamos mejor aquella frase pronunciada por sus divinos labios: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 20). ✠

Cuando el ministro consagrado administra los sacramentos o celebra la santa misa, es literalmente Jesús mismo quien lo hace

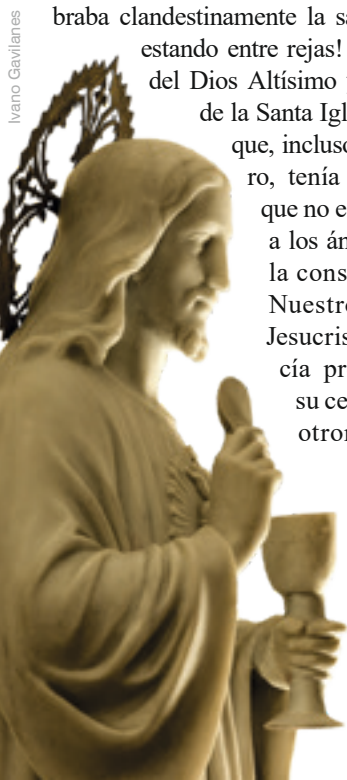
Corazón Eucarístico de Jesús - Casa de los Heraldos del Evangelio, Medellín (Colombia)

¹ VAN THUAN, Francis Xavier Nguyen. *The Road of Hope. A Gospel from Prison*. North Palm Beach: Wellspring, 2018, p. 104.

² SAN LEONARDO DE PORTO MAURIZIO. *Excelências da Santa Missa*. São Paulo: Cultor de Livros, 2015, p. 21.

³ Cf. SAN JUAN DE ÁVILA. «Plática enviada al P. Francisco Gómez, S. J., para ser predicada en un sínodo diocesano de Córdoba, 1563». In: *Obras completas*. Madrid: BAC, 1953, t. II, p. 1289.

⁴ SAN JUAN EUDES. «Le mémorial de la vie ecclésiastique». In: *Œuvres complètes*. Vannes: Lafolye Frères, 1906, t. III, p. 187.



Ivano Gavilanes



El sacramento de María

Si la Iglesia y la Eucaristía son una realidad indivisible, lo mismo debe afirmarse de María y la Eucaristía.



✠ Hna. Ana Laura Oliveira Bueno

Y si alguien dijera que la Eucaristía no sólo es una perpetuación de la Encarnación, sino también una prolongación de la acción de la Santísima Virgen en la tierra? Sería un poco osado, ¿no?

A primera vista, la afirmación parece, de hecho, bordear audazmente ciertos límites de la ortodoxia... Pero *osadía* y *herejía* no son sinónimos.

Es más, este pensamiento, defendido por un Siervo de Dios¹ del siglo xx, fue respaldado y explicitado por el magisterio de la Iglesia en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*: «En el “memorial” del Calvario [la misa] está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasión y muerte. Por tanto, no falta lo que Cristo ha realizado también con su Madre para beneficio nuestro. En efecto, le confía al discípulo predilecto y, en él, le entrega a cada uno de nosotros: “¡He aquí a tu hijo!”. Igualmente dice también a todos nosotros: “¡He aquí a tu madre!” (cf. Jn 19, 26.27). Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros —a ejemplo de Juan— a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y

Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía».²

Esta fundada proposición da lugar a hermosas y fructíferas meditaciones sobre la unión entre Nuestra Señora y su divino Hijo en el sacramento del altar.

Guardiana de la mesa regia de Jesús

Según ha discernido la piedad católica a lo largo de los siglos, existen varias analogías entre la encarnación y la transubstanciación. Si por el consentimiento y la palabra de la Virgen el Verbo divino se hizo hombre, también por otra palabra humana, la del sacerdote, cada día se renueva para nosotros una como que segunda encarnación en todos los altares. Si cinco palabras atrajeron a Dios al mundo por primera vez —«*Fiat mihi secundum verbum tuum*» (Lc 1, 38)—, igualmente cinco

palabras, pronunciadas por el sacerdote —*Hoc est enim corpus meum*—, lo traen de vuelta a la tierra.

Por otra parte, si en la pequeña Nazaret el Salvador se ocultó en las entrañas purísimas de su Madre, una vez más Él se oculta bajo las especies eucarísticas en los altares. En este sentido, Nuestra Señora anticipó la fe eucarística de la Iglesia al ofrecer su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios.³

El vínculo divino entre María y el sacramento del altar fue profetizado incluso en el Cantar de los Cantares: «*Posuerunt me custodem in vineis* —Me pusieron a guardar las viñas» (Cant 1, 6), queriendo decir que la Virgen fue constituida guardiana, ordenadora y protectora de la mesa regia de Jesús.⁴ Indiscutiblemente inspirada por la gracia, aunque al principio incomprendida y hasta perseguida, aparece en este contexto la proclamación hecha por San Pedro Julián Eymard en 1868, al darle el título de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento.

Una «reliquia» de María

Hubo también autores que afirmaron que la Eucaristía era una «reliquia» de María. De hecho, llamamos reliquia a lo que queda de los cuerpos de los santos, a algo que les perteneció o a lo que estuvo en contacto con ellos. Al considerar la unión entre madre e hijo, vemos que este último tiene un cuerpo físico formado por la madre,

La que ofreció su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios es constituida guardiana, ordenadora y protectora de la mesa regia de Jesús

con su propia sangre, como producto de su sustancia. Es innegable que acaba convirtiéndose en una especie de «reliquia» de aquella que lo engendró.⁵

Y la veracidad de este pensamiento se sublima cuando se aplica a la altísima unión entre María y Jesús. Según enseña la teología, la Virgen Santísima, por la maternidad divina, fue honrada con la afinidad y consanguinidad con Dios,⁶ además de haber cooperado físicamente en la constitución del sagrado cuerpo de su Hijo —*caro Christi, caro Mariæ*. Ahora bien, si la Eucaristía contiene la presencia real y física de Nuestro Señor Jesucristo velada bajo las sagradas especies, puede ser considerada, en este sentido, una «reliquia» de su Madre virginal.

Se trata de una idea muy original, que invita al alma a una redoblada devoción eucarística.

De su fiat, la Redención y la santa misa

Si, por tanto, con vistas a la Redención se obró la Encarnación, mediante la celebración eucarística ambas se renuevan en los altares. En efecto, la Providencia decidió condicionar el cumplimiento de sus más altos designios al «sí» de una doncella, ya que, «si María no hubiese pronunciado su “fiat”, la Iglesia no poseería: ni Cristo, ni sacerdocio, ni sacrificio, ni sacramento».⁷ Sólo Ella dio al mundo al único Sacerdote, de quien los demás no son más que ministros, el Verbo encarnado que se hace presente en el altar.⁸

Así pues, íntimamente asociada a la obra de la Redención, Nuestra Señora concede a la liturgia el pináculo de su esplendor y uno de los principales fundamentos de su institución: la inefable convivencia del hombre con Dios en la santa misa. Por consiguiente, no sin razón, la sublime y misteriosa presencia de María puede contemplarse en diversos aspectos de las ceremonias de la Iglesia.



Gustavo Krahl

Nuestra Señora del Santísimo Sacramento -
Basílica de Notre Dame, Montreal (Canadá)

*Sólo María dio al
mundo al único
Sacerdote, de quien los
demás no son más que
ministros: el Verbo
encarnado, que se hace
presente en el altar*

Símbolos de realidades invisibles, algunos objetos litúrgicos de los que la Iglesia se sirve para funciones sagradas representan la augusta misión de la Madre de Dios junto a su Hijo. Por ejemplo, la tradición cristiana la com-

para con «un altar de oro puro sobre el cual se ofreció la gran Víctima».⁹ El crucifijo también la recuerda: la Santísima Virgen fue como que la primera cruz sobre la que el Hombre-Dios se extendió para el holocausto. Incluso se puede ver en Ella el candelabro místico que llevó al mundo la verdadera Luz, Jesucristo. Y en los paramentos que revisten al sacerdote está representada la vestidura sacerdotal del Salvador: su humanidad santísima, recibida de María.¹⁰

La presencia de Nuestra Señora se hace aún muy viva cuando se recorren algunas partes de la misa. Al besar el altar y dirigirse a los fieles, pronunciando el *Dominus vobiscum*, el sacerdote repite la salutación angélica: «*Dominus tecum*» (Lc 1, 28). A continuación, al rezar el confiteor, el ministro inclina la cabeza ante lo más santo del Cielo y de la tierra, al invocar el nombre de María, refugio y abogada de los pecadores. Durante el ofertorio, al colocar en silencio las intenciones sobre el altar, el fiel recuerda la secreta ofrenda que el Redentor hizo de sí mismo en las purísimas entrañas de su Madre. Y cuando el celebrante añade la gota de agua en el cáliz, como símbolo de la unión entre la naturaleza divina y la humana, recuerda a aquella por quien se realizó este misterio.¹¹

Misa con María

Al narrarles a sus hijos espirituales en una conferencia las gracias sensibles que había recibido durante una misa celebrada en la casa madre de los Heraldos del Evangelio, Mons. João¹² les indicó un medio sencillo y eficaz de acercarse más a la Santísima Virgen y de participar fructíferamente en la Eucaristía.

Celebrando ante un expresivo cuadro de la Madre del Buen Consejo, se alegraba de estar delante de Ella y de su divino Hijo, lo que propició un filial diálogo interior con ambos. Al decir *sursum corda* (arriba los cora-



Capilla de Nuestra Señora del Buen Consejo - Casa Madre de los Heraldos del Evangelio, São Paulo

Para asistir bien a misa basta buscar en cada movimiento del ceremonial litúrgico la presencia de María, madre y nutricia del pan de vida

litúrgico, en cada canto o en cada palabra, la presencia de María Santísima, madre y nutricia del pan de vida,¹³ porque su corazón es un incensario de amor eucarístico, cuyos latidos se unen a la adoración de los fieles en un perfume de agradable olor que sube hasta el Cielo.

Finalmente, como recomendaba el Dr. Plinio,¹⁴ deseemos no sólo recostar nuestra cabeza sobre el Corazón Inmaculado de nuestra Madre celestial, como otrora San Juan Evangelista sobre el pecho del Señor, sino poder establecer allí nuestra morada, para que, auscultando las palpitaciones de su Corazón, vivamos de esos secretos de amor a Jesús sacramentado. ✠

zones), por ejemplo, aplicó la exhortación a María, imaginando cuál sería su respuesta: «Pero, hijo mío, es imposible más alto...». Así, el santo sacrificio fue percibido por él como una verdadera convivencia con la Virgen,

que lo introducía, de manera inefable, en la convivencia con el propio Dios.

He aquí una solución muy accesible para los que se preguntan cómo asistir bien a misa: basta con buscar en cada movimiento del ceremonial

¹ Cf. DE LOMBAERDE, DNSS, Julio María. *María e a Eucaristia. Estudo doutrinal de um título e uma doutrina: Nossa Senhora do Santíssimo Sacramento*. Manhumirim: O Luta-dor, 1937, p. 13. El P. Julio María nació en Waereghen (Bélgica), el 8 de enero de 1878. Sintiendo la vocación sacerdotal, ingresó en la Congregación de la Sagrada Familia, fundada por el P. Berthir para acoger vocaciones tardías. Fue ordenado el 13 de enero de 1908 y, en 1912, enviado a la Amazonia brasileña, donde trabajó durante quince años como misionero. En Macapá, fundó la Congregación de las Hermanas del

Inmaculado Corazón de María, aprobada por el papa Benedicto XV. En 1928, se trasladó a Minas Gerais, donde fundó la Congregación de las Misioneras de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, así como las Hermanas Sacramentinas de Nuestra Señora. Escribió decenas de obras de carácter doctrinal, apologético y espiritual. Falleció el 24 de diciembre de 1944.

² SAN JUAN PABLO II. *Ecclesia de Eucharistia*, n.º 57.

³ Cf. *Idem*, n.º 55.

⁴ Cf. LÉMANN, Joseph. *La Mère des chrétiens et la Reine de*

l'Église. 2.ª ed. Paris: Victor Lecoffre, 1900, p. 267.

⁵ Cf. LOMBAERDE, *op. cit.*, pp. 221-223.

⁶ Cf. MERKELBACH, OP, Benito Enrique. *Mariología*. Bilbao: Desclee de Brouwer, 1954, pp. 91-92.

⁷ PHILIPON, OP, Marie-Michel. *Los sacramentos en la vida cristiana*. 2.ª ed. Madrid: Palabra, 1979, p. 334.

⁸ Cf. *Idem*, *ibidem*.

⁹ VAN DEN BERGHE, Oswald. *Marie et le sacerdoce*. Bruxelles-Paris: Haenen; Laroche, 1872, p. 126.

¹⁰ Cf. LHOUMEAU, SMM, Antonin. *La vie spirituelle à l'école de Saint Louis-Marie Grignion de Montfort*. Bruges: Beyaert, 1954, pp. 442-443.

¹¹ Cf. *Idem*, pp. 444-447.

¹² Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Conferencia*. São Paulo, 28/5/2008.

¹³ Cf. SAN AGUSTÍN. «Sermo CLXXXIV», n.º 3. In: *Obras completas*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 2005, t. XXIV, p. 6.

¹⁴ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Coração de Maria, nossa esperança!». In: *Legionário*. São Paulo. Año XVI. N.º 555 (28 mar, 1943), p. 3.



¿Por qué se usan los paramentos litúrgicos?

En la fría noche de Navidad, la Virgen envolvió con ternura maternal al Niño Jesús en pañales. De manera similar, a lo largo de los siglos, la Santa Madre Iglesia se ha esforzado por revestir dignamente a sus hijos y ministros que sirven en el altar del Señor.

Sin embargo, ¿sería la estética la única razón de ser de los paramentos utilizados en la liturgia?

Conocedora de la contingencia de la naturaleza humana, que alcanza las realidades sobrenaturales a través de las sensibles (cf. *Suma Teológica*, III, q. 60, a. 4), la Iglesia ha tenido a bien elegir para sus sacerdotes ciertas vestiduras, a fin de que, por medio de ellas, se persuadieran de la grandeza de su ministerio. Y Santo Tomás nos ofrece varios ejemplos al respecto (cf. Supl., q. 40, a. 7).

Para representar la fortaleza necesaria para el desempeño de las funciones litúrgicas, un tejido rectangular de lino, el amito, cubre los hombros y el cuello del clérigo, a modo de casquete. El alba, una túnica larga y blanca, se extiende desde los hombros hasta los tobillos: simboliza la pureza sacerdotal. El cíngulo, un cordón robusto con borlas en los extremos, ciñe el alba a la cintura, expresando la represión de la carne.

Mientras los sacerdotes tienen plena autoridad en la distribución de los sacramentos, los diáconos sólo participan de ella. Esta realidad se refleja en la estola, una prenda alargada y del

mismo color que la casulla, usada de forma diferente por ambos ministros: los primeros la llevan sobre los dos hombros y estos últimos únicamente sobre el hombro izquierdo.

La dalmática —vestimenta holgada pero recogida, utilizada por los diáconos— indica la largueza con la que deben dispensar los sacramentos, siempre con actitud de servicio, por eso se ajusta por los dos lados. El sacerdote, a su vez, se reviste de la casulla, signo de caridad, pues consagra la Eucaristía, el sacramento del amor.

No obstante, el simbolismo de los paramentos alcanza su ápice en aquel que posee la plenitud sacerdotal: el obispo. La mitra hace referencia a la ciencia de ambos Testamentos, evidenciado por sus dos puntas. El bácu-

lo, similar a un cayado, representa el celo pastoral: la curvatura en la parte superior indica la tarea de reunir a los extraviados, el asta muestra el sustento a los más débiles y su extremidad recuerda el estímulo que se debe dar a los más rezagados.

A la vista de tal distinción, podríamos preguntarnos: ¿es necesario que estos ornamentos sacros, ya de por sí tan significativos, sean también preciosos? ¿No contradice esto la modestia propia de los ministros de Dios?

En realidad, observa el Doctor Angélico, la finalidad de los paramentos no es la gloria personal del ministro. Más bien, sirven para distinguirlo de los demás fieles, resaltando «la excelencia de su ministerio o del culto divino» (cf. II-II, q. 169, a. 1 ad 2). En resumen, las vestiduras litúrgicas, elegidas con sabiduría por la Santa Iglesia, tienen como objetivo indicar la idoneidad que deben poseer los ministros para celebrar adecuadamente los divinos misterios (cf. Supl., q. 40, a. 7).

Así pues, Santo Tomás afirma que quien desprecia los honores debidos a aquello que es digno de honor merece vituperio (cf. II-II, q. 129, a. 1, ad 3). Ahora bien, ¿hay algo en la tierra más digno de honor que la Eucaristía? En efecto, si alguien, movido por cualquier tipo de negligencia, se acercara indignamente al sagrado banquete, bien podría oír esta grave reprensión del Señor: «Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin el vestido de boda?» (Mt 22, 12). ❖



Las vestiduras litúrgicas tienen por objeto designar la idoneidad que deben poseer los ministros para celebrar adecuadamente los divinos misterios

Ceremonia de ordenación presbital en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil), en 2019



Amor al «unum» de la Santa Iglesia

Ya desde su infancia, el Dr. Plinio supo discernir, en los múltiples aspectos de la vida de la Iglesia que iba conociendo, el espíritu que unificaba y daba vida a la Esposa Mística de Cristo.

✠ Plinio Corrêa de Oliveira

Durante mi infancia, comencé a notar que en la Iglesia Católica existía una uniformidad que me causaba la siguiente impresión: me parecía que en ella, las personas, las costumbres, la doctrina, la liturgia y las oraciones tenían en el fondo, desde el principio, una única mentalidad.

Miraba los objetos del santuario del Sagrado Corazón de Jesús¹ y pensaba: «Qué curioso... Hay algo en esta imagen y en ese vitral por el cual todos son parecidos unos y otros y forman un todo. Hay algo más que los hermosos vidrios, el hermoso mosaico y la hermosa música. Hay una unidad en eso, que también existe dentro de mí y que me encanta más que cada cosa, pero no sé qué es...».

Me esforzaba por formular cuál sería esa unidad, pero mi mente de niño no lo conseguía...

Amando el «unum» de la Santa Iglesia

Y me daba cuenta de que no se trataba sólo de una mentalidad, sino de la mentalidad por excelencia. Percibía que, en realidad, sólo la Iglesia posee una verdadera mentalidad, y fuera de ella nadie la tiene.

Era una manera de ser, presente en absolutamente todo, hasta en los mínimos detalles: en la letra del comienzo de la oración de un libro de misa, en el atril del propio misal, en la forma del

altar y de las ventanas, en el porte del sacerdote, en el toque de la campana, en el tipo de eco de los pasos dentro de la iglesia, en el modo de colocar el confesonario, más hacia aquí o hacia allá, en la disposición de los jarrones sobre los altares... Me parecía ver una correlación entre el diseño de la pila de agua bendita y el espíritu de tal santo, o entre un episodio de la vida de tal otro y los colores de tal vitral... En fin, todo lo que se pueda imaginar era la expresión de una mentalidad total.

Hojeé, más tarde, álbumes con fotografías de templos, que mostraban estilos católicos de otros tiempos y aspectos de la vida de la Iglesia en otras épocas, incluso en el período de las catacumbas. Y en todo notaba presente esa misma mentalidad, expresada de mil maneras, aspectos y estilos. No hay nada más diferente que una catacumba romana y la Sainte-Chapelle de París, por ejemplo. Sin embargo, la mentalidad era la misma.

Así, ese conjunto de símbolos, de doctrinas, de leyes, de costumbres y de realidades concretas constituía un *unum* a partir del cual se tenía una visión completa del universo, considerado en su centro y en su verdadero significado; lo que llevaba a las personas a pensar, querer y sentir en toda la medida de su propia dimensión, pues cada alma posee inmensas «vastedades», habitadas o inhabitadas, sucias o limpias, cavernas o capillas... Y todos estos espacios

encontraban en la Iglesia aquello con lo que mantenerse vivos, en función de ese *unum*, que se exteriorizaba adecuadamente, con intensidades diversas y con plenitudes de fuerza de expresión mayores o menores, pero siempre auténticas, a lo largo de los siglos.

Por otro lado, siendo São Paulo una ciudad de gran inmigración, que acogía, por tanto, órdenes y congregaciones religiosas de los más diversos países, a veces frecuentaba iglesias muy diferentes. Comprobé entonces que la Iglesia imbuía de esta mentalidad a las más variadas naciones.

El encanto del «vitral italiano»

Uno era, por ejemplo, el porte majestuoso y severo, pero en el fondo bonachón y con cierta relajación grandiosa —propia de Neptuno en medio de las olas— de ciertos curas italianos muy gordos y altos, que celebraban la misa con aires de quien estaba hablando a la eternidad y luego jugaban con un *bambino*...

Se trataba de sacerdotes con sotanas un poco raídas y sobrepellices no muy bien colocados, cuyas estolas estaban un tanto gastadas, por economía, pero que poseían un «qué» indefinible de la eternidad romana y de esa inteligencia con la que el italiano pasa por alto los detalles para permanecer en las líneas generales de las cosas o, a veces, se arrinconan en un pormenor para expresar sólo en éste una línea general, y si-

gue adelante, lo que forma parte de las delicias de la Roma *sparita*...²

Entraba en la misa del padre italiano y me caía bien, y pensaba: «Mira qué inteligente y sutil es; cómo suaviza una serie de reglas que, para mi *Fräulein*,³ son “ejes del universo”. Y el universo no tiembla ante toda esa indefinición suya. Qué hermosa es la inteligencia humana cuando sobrevuela los obstáculos en lugar de enfrentarse a ellos y, en un aleteo, supera el problema sin prestar atención en él, se posa justo encima de la solución y da un salto a mayores alturas. Me encanta ese estilo italiano. Me gusta la Iglesia cuando pasa por el “vitral italiano”. Eso me deleita».

Asistiendo a misa en el colegio alemán

Los domingos, con cierta frecuencia, la *Fräulein* Mathilde me obligaba a levantarme mucho más temprano de lo habitual para asistir a misa en un convento de monjas alemanas, de la calle Conselheiro Crispiniano, y luego dar un paseo. Obedecía de buena gana, para

complacer a mi madre y porque me fascinaban las cosas alemanas.

Las calles aún estaban un poco oscuras y las farolas de gas acababan de apagarse. La pequeña escuela se encontraba en un terreno elevado y, al entrar en el jardín, subíamos por una rampa muy empinada, a lo largo de la cual había unas figuras de yeso en relieve, pintadas con gran ingenuidad, que representaban la pasión del Señor. Parecía hecho para obligar al visitante, nada más llegar, a aprovechar cada minuto haciendo algo útil.

Aunque no eran especialmente bellas, esas figuras eran piadosas y estaban siempre muy limpias, dándome la impresión de que cada media hora pasaba una monja con un paño húmedo y las limpiaba con amor. Era como un «baño» de frescura que yo recibía antes de entrar en la capilla y había algo allí que me hacía conocer la santidad divina de Nuestro Señor Jesucristo soportando los dolores de la pasión.

En aquella capilla reinaba la penumbra y la lámpara del Santísimo parpadeaba. Tenía la impresión de que las

imágenes se despertaban y me miraban con benevolencia, diciendo: «Aquí está este hijo. Veamos qué quiere». Había una religiosa tocando el armonio y un puñado de niños más pequeños que nosotros, hijos e hijas de miembros de las colonias alemana, austriaca y suiza, todos ordenados, en filas y rezando. El sacerdote alemán que celebraba la misa era todo lo contrario del italiano: firme y hierático, como si aquellos niños fueran ulanos⁴ que él estuviera comandando allí dentro.

La gracia entonces me llenaba de sensaciones sobrenaturales y pensaba: «¡Esto es magnífico! Ese orden, esa limpieza. Aquí todo es correcto, sin extravagancias ni imperfecciones. Si pudiera vivir en ese ambiente, no querría otra cosa. Me siento perfecto. ¡Dios está aquí!».

Un simpático sacerdote portugués

También frecuentábamos la iglesia de un cura portugués: ¡era completamente diferente! Amable, gentil y accesible para todos. Le preguntábamos lo que queríamos y nos decía:



Fotos: Colegio Santa Catalina

Al contemplar en la Iglesia Católica a los sacerdotes, la doctrina y la liturgia, las más diversas costumbres y ambientes, el Dr. Plinio discernía en ellos una única mentalidad

Rampa de acceso y capilla del antiguo Colegio San Adalberto, de São Paulo

«Por encima de todo esto hay alguien, que es más que todo. Es algo curioso. La Iglesia no parece una institución, sino una persona que se comunica a través de mil aspectos»

Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús - São Paulo;
en el destacado, el Dr. Plínio en 1985



Archivo revista

—Sí, cómo no.

Y enseguida me sentía como en casa. Todo allí parecía estar inmerso en dulzura. Al acercarme al sagrario, tenía la impresión de que Dios mismo era allí algo portugués y nos recibía así: «Hijo mío, acércate».

Observando a Dña. Lucília en la iglesia

Más de una vez, en el santuario del Sagrado Corazón, miraba a los miembros de mi familia y luego observaba a mi madre de reojo, sin que ella se diera cuenta. Notaba cómo rezaba con ahínco. Podía pasar cualquier cosa en la iglesia, pero nunca se giraba ni apartaba los ojos del altar, en lo alto del cual se encuentra la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Yo, en cambio, miraba para todas partes —cosa natural en un niño— y ella me dejaba hacerlo. Entonces pensaba:

«Existe una profunda armonía entre el Sagrado Corazón de Jesús y mamá. Tengo la impresión de que cuando ella

lo mira, hay en ella una vida extraordinaria. E igualmente, mirándolo, me parece que Él ha ejercido un efecto tal en ella que, de alguna manera, vive en ella. ¡Qué admirable es! ¡Qué perfecto! ¡Qué divino! ¡Qué incomparable! Pero también... ¡cuánto se parece a Él! ¡Mamá es un modelo auténtico! ¡Qué fantástica es! Su bienquerencia es una chispa del buen querer de Él. Toda esa bondad que tanto aprecio ha nacido de Él... ¡El pináculo de sus perfecciones está en Él! Si mamá no fuera devota del Sagrado Corazón de Jesús, no las tendría. ¡Mi cariño y mi confianza ilimitada en ella se explican por eso!».

Era muy reservada en cuanto a su vida espiritual y nunca me habló de ninguna gracia que hubiera recibido en la iglesia. Yo sentía que no debía preguntarle, pero notaba que en ella había cierta impregnación de esa atmósfera de la iglesia y seguía pensando:

«Es curioso: existe cierta relación entre esta iglesia y ella. Lo que hay en mamá, en el altar y en los ornamentos

del sacerdote es la misma cosa. Ella parece hecha para rezar aquí y la iglesia parece hecha para que mamá rece. Una se asemeja a la otra. ¡Qué armoniosa es con esto! Mamá es más feliz aquí que en casa, y éste es su ambiente, donde su alma se abre por entero, algo que no sucede en otros sitios.

»Aquí lo acepta todo, lo inhala todo y se adapta a todo. Este ambiente vive en mamá y aquí recibe una influencia a través de la cual se vuelve cada vez más parecida a la iglesia, y luego la transmite a toda la familia. Todo su afecto es una irradiación de eso.

»Pero ¿qué es eso entonces? Cuando lleguemos a casa, voy a hablar con ella para ver si siento lo mismo y comprobar si lo que posee es un reflejo de lo que existe aquí o algo que lleva consigo. Necesito saberlo, pues quiero entender las cosas».

Así que, los domingos, cuando la familia se dispersaba después de la comida, yo entraba en la habitación de mi madre, me ponía a charlar con



ella sobre cualquier tema y notaba en ella cualidades que me parecían análogas a las que yo había notado en la iglesia: una personalidad muy digna y respetable, pero, al mismo tiempo, de una afabilidad y dulzura indescriptibles. Siempre llevaba consigo una atmósfera de recogimiento, dando a entender que su espíritu estaba suspenso en un plano muy elevado.

Era un reflejo de la bondad de Dios, infinita pero condescendiente, que llega hasta el último detalle: habla de la ovejita, presta atención a la gallina, complace al niño y medita sobre el lirio del campo. Cuanto más descende, más dulce se vuelve.

Y esto llevaba como consecuencia la vaga idea de que, en el pequeño mundo de la familia, mi madre era una imagen de Dios.

Y pensaba: «Veo que ella tiene lo mismo que existe allí, pero ni siquiera sé cómo encontrar las palabras para preguntárselo. Algún día lo explicaré».

Un episodio arquetípico

La totalidad de lo que yo sentía en la iglesia me parecía que provenía de un espíritu infinitamente superior, que casi se mostraba y se dejaba percibir misteriosamente aquí, allá y acullá, a través de los símbolos y de esa acción interna dentro de mi alma, lo que me llenaba de veneración. Era la causa que sostenía y hacía que todas las cosas en el santuario del Sagrado Corazón brillaran como un reflejo muy rico, fiel, preciso y exacto del propio Dios. Y pensaba: «Qué curioso, pero parece que todo aquí le habla a mi alma con la voz que Jesús tendría si estuviera en la tierra. Es el mismo timbre de su voz. En el fondo, es el Sagrado Corazón de Jesús el que está en el Cielo».

No puedo olvidar un hecho que me ocurrió en esa iglesia, no sólo una vez, sino en infinitas ocasiones —quizá durante años—, que, sin embargo, un día concreto me marcó de más especialmente y permaneció en mi memoria como un episodio arquetípico.

Estaba asistiendo a misa, encantado con las figuras, los colores, los vitrales, la liturgia y la atmósfera sobrenatural que flotaba en el ambiente, cuando de repente se formó en mí una noción de conjunto de aquello y concluí:

«Por encima de todo esto hay alguien, que es más que todo. Es algo curioso. La Iglesia no parece una institución, sino una persona que se comunica a través de mil aspectos. Tiene movimientos, grandezas, santidades y perfecciones, como si fuera un “alma” inmensa que se expresa en todas las iglesias católicas del mundo, en todas las imágenes, en toda la liturgia, en todos los acordes de órgano y en todos los toques de campana. Esa “alma” lloró con los réquiems y se alegró con los repiques de los Sábados de Aleluya y de las noches de Navidad. Lloro con ella y se alegra conmigo. ¡Cuánto amo a esta “alma”!

»Tengo la impresión de que, en relación con ella, mi alma es como una pequeña resonancia o repetición; algo en lo que esta “alma” vive entera, como si estuviera en un templo material. Me siento en ella como una gota de agua en la que se refleja el sol entero. ¡Como una miniatura y un reflejo, contengo esa alma!».

No sabía explicar qué era esa «alma», pero daba la sensación de que toda la doctrina y el espíritu de la Iglesia Católica me envolvían. Identificándome con ese *unum* de la Santa Iglesia, empapándome de él y acostumbrándome a vivir sin discrepancias con él, encontraba una espléndida plenitud, en la que me sentía cada vez más yo mismo. Esto me sensibilizaba hasta el fondo del alma, me inspiraba un movimiento de gratitud y me dejaba incomparablemente más en-

cantado que, por ejemplo, los carruajes de Versalles.

Creo que era la presencia de Dios en mí, por la gracia del bautismo.

«¡Creo en la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana!»

Entonces, en cierto momento, me vino a la mente una idea espléndida: «¡Ése es el espíritu de la Iglesia Católica Apostólica Romana! Mamá recibió todo esto de la Iglesia. Los artistas que hicieron este templo y los sacerdotes que celebran misa también recibieron la inspiración de la Iglesia».

Al mismo tiempo, surgió en mí la convicción de que en la Santa Iglesia todas las cosas estaban entrelazadas de un modo tan lógico y perfecto que sólo ella era la única y verdadera. Así, mi acto de fe se explicitó en toda su extensión: «¡Creo en la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana!».

De ahí surgió también un acto de amor: «¡Ella lo vale todo! Tanto que todo lo que me gusta es semejante a ella, pero ella también es semejante a todo lo que me gusta. ¡Ella es el ideal de mi existencia! Quiero vivir para la Iglesia y así quiero ser, teniendo ese espíritu toda mi vida. Y algo hace que yo esté en total consonancia con ella y solo con ella». ✚

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de:
Notas Autobiográficas.
São Paulo: Retornarei,
2008, t. I, pp. 521-531.

¹ Situado en el barrio de los Campos Elíseos, de São Paulo, cerca de la casa donde Plinio vivía con sus padres.

² Del italiano: literalmente, desaparecida. Término acuñado para describir ciertos aspectos pintorescos, y hoy casi extintos, de la Ciudad Eterna, immortalizados por las acuarelas del pintor italiano Ettore Roesler Franz (1845-1907).

³ *Fräulein* Mathilde Heldmann, institutriz alemana de Plinio durante su infancia.

⁴ Soldados de caballería ligera.



Cantadle al Señor un cántico nuevo

Cuando la serenidad del paso de los siglos ya nos permite emitir un juicio acertado de los hechos, vemos que el «feeling» de alma de Gabrieli era asertivo: lejos de que los instrumentos musicales adecuados desempeñaran un papel desfavorable en el espacio sagrado, corroboraban la grandeza del culto.



✎ Fabio Henrique Resende Costa

Quizá pocas cosas sean tan difíciles de expresar en palabras como la música. En efecto, en su variada y amplísima vastedad, el universo musical se convierte en un arte que, sin pretenderlo, roza lo infinito, porque participa en algo de la inmaterialidad propia de los espíritus.

Por lo tanto, gran parte de la satisfacción que nos llena el alma cuando escuchamos una buena melodía proviene de este hecho: nos «libera» por unos instantes de las ataduras del mundo concreto, que nos impiden estar más centrados en las realidades trascendentes.

Surge además otra dificultad al versar sobre la música: como ésta transmite entre sus oyentes una serie de impresiones, a veces diferentes y contradictorias, resulta complicado establecer un juicio equitativo y unívoco acerca de composiciones y compositores.

¿Cómo explicar, por ejemplo, que en la Edad Media el papa Juan XXII se mostrara reacio a la polifonía naciente, por temor a que el canto llano quedara desvirtuado? ¹ ¿O que San Pío X, al inaugurar su pontificado, dedicara su primer *motu proprio* a la música, un arte que «no siempre puede contenerse fácilmente dentro de los justos límites»? ²

Y aún hoy en día, ¿cómo interpretar la tendencia bastante extendida de segregar lo divino de las composiciones musicales utilizadas en la liturgia?

Sin aspirar a reflexionar principalmente sobre las características filosóficas de ese género artístico, nos limitaremos en el presente artículo a esbozar rasgos de la trayectoria de un compositor italiano nacido en la segunda mitad del siglo XVI: Giovanni Gabrieli.

Nos disculpamos de antemano con el lector por la imposibilidad de trasladar los sonidos a las letras... por lo que la mayor parte de lo aquí expuesto sólo encontrará la debida resonancia si se pone bajo el diapasón de las armonías del maestro italiano. Así pues, que la invitación a la lectura vaya acompañada de la audición de algunas piezas de este veneciano lleno de talento.

* * *

El arte es señal de prosperidad de un pueblo. Independientemente de

Presentes en el culto desde los albores de la Antigua Alianza, ¿por qué los instrumentos musicales han permanecido desterrados de la liturgia cristiana durante tantos siglos?

Traslado del arca de la Alianza por el rey David, de Pieter van Lint - Museo Abtei Liesborn, Wadersloh (Alemania)



cuál sea su campo de acción —desde la gastronomía hasta la pintura, desde la arquitectura hasta la literatura—, cuando está bien guiado, supone un apoyo y un ascendente para nuestros sentidos, a fin de que, en este valle de lágrimas, encontremos de un modo más fácil los vestigios de Dios.

À vol d’oiseau, si consideramos la trayectoria de la Iglesia desde sus orígenes hasta 1552, año en que probablemente nació Giovanni Gabrieli, veremos cómo diversos imperativos de la caridad cristiana habían penetrado poco a poco en la sociedad: los hombres se fueron volviendo menos rudos y, en consecuencia, capaces de refinar ese «poder creativo» que es el arte.

Entre las distintas actividades humanas que se han perfeccionado, se encuentra la música, que nunca ha dejado de estar presente junto al santuario —como un medio de realzar y solemnizar las ceremonias dignas de mayor decoro—, a pesar de los sinuosos y bastante enigmáticos caminos que ha recorrido.

Sin embargo, en lo que se refiere al uso de instrumentos en la liturgia, las controversias siempre han sido particularmente acaloradas, incluso en nuestros días...

¿Hacer sonar o silenciar los instrumentos musicales?

Aunque historiadores de peso, como Mario Righetti, afirmen que los instrumentos musicales «probablemente fueron desterrados del templo por su carácter profano, sensual y clamoroso»,³ la cuestión parece centrarse en otro sentido: quizá el hecho de que los hombres se hayan vuelto más sensuales y menos espirituales, más profanos y menos orantes, es lo que determinó la fabricación de instrumentos con tales notas, y acabó por alejar de la Iglesia la posibilidad de introducirlos en su liturgia mucho antes.

Asimismo, se comprende que los instrumentos musicales, lejos de ser



Knut Nguyen

Lejos de ser impropios del culto, los instrumentos musicales pueden constituir una forma de alabar a Dios y, a su manera, expresar la gracia y la dádiva celestial, especialmente cuando se combinan con el canto vocal

Coro Internacional de los Heraldos del Evangelio durante una misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

impropios del culto, han estado presentes en él desde los comienzos de la religión de la Antigua Alianza,⁴ ya que constituyen una forma de alabar a Dios y, a su manera, expresan la gracia y la dádiva celestial. Por lógica, sería normal que estuvieran presentes en el culto cristiano desde sus inicios.

Por eso, no satisface en modo alguno a nuestra alma católica que el historiador se limite a afirmar que «esta tradición judía, músico-instrumental, no pasó a la Iglesia primitiva; los escritores apostólicos y los inmediatamente posteriores no aluden a ello en absoluto».⁵

El quid de la cuestión radica en saber por qué esa tradición no continuó en la Nueva Alianza.

Se nos induce a creer que la razón de la ausencia de instrumentos en la liturgia se debió precisamente al embrutecimiento que afectaba a la sociedad, en mayor o menor grado, y que impedía al hombre concebir una música que fuera a la vez ponderada, solemne, grandiosa y dotada de la sobriedad característica del canto llano.

En resumen, el hombre dudaba en trasladar a las notas musicales su arro-

bo interior y temía que las composiciones musicales lo alejaran de la virtud de la religión.

No obstante, hubo otros que pretendieron ver únicamente en el gregoriano la expresión de la universalidad de la Iglesia en materia musical, limitando así su carácter distintivo. Ahora bien, como madre y maestra de los pueblos, su riqueza exigía la necesidad de «bautizar» otros estilos musicales que fueran afines a ella, sobre todo para el culto sagrado.

La carrera de Giovanni Gabrieli

Desde esa perspectiva y en ese contexto histórico, podemos situar mejor la figura de Giovanni Gabrieli. Natural de Venecia, poco se sabe de su infancia, salvo que fue iniciado en el arte de la música por su tío Andrea Gabrieli, con quien estudió y de quien heredó su talento.

La historia también registra que Giovanni, mucho antes de hacerse famoso, estudió música en Múnich (Alemania), con el renombrado Orlando de Lassus, en la corte del duque Alberto V,⁶ donde se cree que estuvo hasta 1579.



De regreso a su ciudad natal, asumió el cargo de organista principal de la basílica de San Marcos, tras la renuncia de Claudio Merulo —dicho sea de paso, un buen compositor y, en cierto modo, el responsable de la fama que empezaba a adquirir la escuela veneciana. Al año siguiente, posiblemente en 1585, debido al fallecimiento de su tío Andrea, Giovanni Gabrieli asumió también el prestigioso cargo de compositor principal.

Al comienzo de su carrera, la preocupación de Gabrieli era reconocer públicamente la talla de su maestro y mentor, recopilando y difundiendo numerosas obras de su tío, rindiéndole el debido homenaje por la formación recibida. Según sus propias palabras, se consideraba «casi un hijo» de Andrea.

Aunque Giovanni componía conforme a las formas vigentes de la época, su inclinación era por la música sacra, razón por la cual todo su repertorio al principio de su carrera fue vocal, ya que entre las voces y los instrumentos, en el recinto sagrado, aún se erguía una barrera infranqueable...

En efecto, ésa era la situación en el contexto histórico del siglo XVI: «Fue en Roma, poco después del Concilio

[de Trento], donde vivieron Palestrina y su rival Victoria, iniciadores de una música de iglesia que se alejaba cada vez más de la antigua polifonía para buscar otros caminos. Hasta entonces, sacerdotes y teólogos se habían resistido vivamente a todo lo que pudiera escapar a la regla de que sólo la voz humana es digna de rezarle a Dios: el instrumento musical les parecía teatral, sospechoso de sensualidad y orgullo».⁷

Sin embargo, a los ojos de Giovanni, tal concepción resultaba errónea. Si la música sacra vocal se combinara con instrumentos podría alcanzar nuevas cotas de espiritualidad al expresar «verdades de fe» que requieren mayor grandeza y pujanza; o bien, matizada al son del órgano y de otros instrumentos que le sirvan de base, sería capaz de manifestar sentimientos más profundos y tiernos, donde la limitación de la voz humana y el simple texto no logra penetrar.

En la persona de este genio veneciano, la humanidad parecía expresar la oportunidad de cantar, desde el templo, con el salmista David un *cántico nuevo* al Señor, acompañado de instrumentos musicales (cf. Sal 32, 3).

En el santuario, el eco de nuevas armonías

A ejemplo del arpista de las Escrituras, Giovanni Gabrieli no temió en tender un puente entre la voz humana y los instrumentos musicales en el recinto sagrado. Para tal empresa, eligió como escenario de sus innovadoras y ricas composiciones las paredes centenarias de la poética basílica de San Marcos de Venecia, cuyo *cadre* interior, cincelado por la suavidad y gracia de Sansovino,⁸ favorecía el eco de nuevas armonías.

Allí, valiéndose de coros dispuestos uno frente al otro, supo crear efectos sonoros impresionantes al dividir a sus músicos en dos alas, pudiendo explorar una dinámica peculiar a través de sucesivos sonidos notablemente fuertes y débiles. De esta manera, primero se escuchaba un coro o grupo instrumental, por un lado, seguido de una respuesta del segundo conjunto, por el otro. E incluso podía haber un tercer grupo emplazado cerca del

Giovanni Gabrieli no temió en tender un puente entre la voz humana y los instrumentos musicales en el recinto sagrado. Para tal empresa, eligió las paredes centenarias de la basílica de San Marcos

Plaza y basílica de San Marcos, de Canaletto



altar, en el centro de la iglesia, para «resolver» los fragmentos más importantes de la composición.⁹

El resultado era tal que los instrumentos, correctamente situados, podían oírse con perfecta claridad desde puntos distantes. Así, partituras aparentemente extrañas en el papel —por ejemplo, un solista de cuerda frente a un gran conjunto de instrumentos de viento— sonaban en perfecto equilibrio dentro de la basílica de San Marcos, gracias a la acústica acordada por el estro del compositor. Las obras *In Ecclesiis* y *Sonata pian e forte* son notables ejemplos de ello.¹⁰

Se desmoronaban, pues, los mitos que había en torno al uso de instrumentos en la liturgia: «Se piensa en asociarlo a la glorificación de Dios. A partir de entonces, su triunfo está asegurado, sobre todo el del instrumento típico de la iglesia: el órgano, que aparece en todas partes».¹¹

Por lo tanto, al menos en lo que respecta a la música sacra, el genio de Gabrieli tendría un gran peso en la historia del arte.

Difusión por Europa

La carrera del maestro veneciano ganó aún más fuerza entre la élite europea cuando asumió el cargo adicional de organista en la Scuola Grande di San Rocco —oficio que mantuvo hasta su muerte—, porque la iglesia de San Rocco contaba con la más presti-

giosa y rica de todas las cofradías venecianas, que rivalizaba únicamente con la de San Marcos en cuanto al esplendor de sus conjuntos musicales.

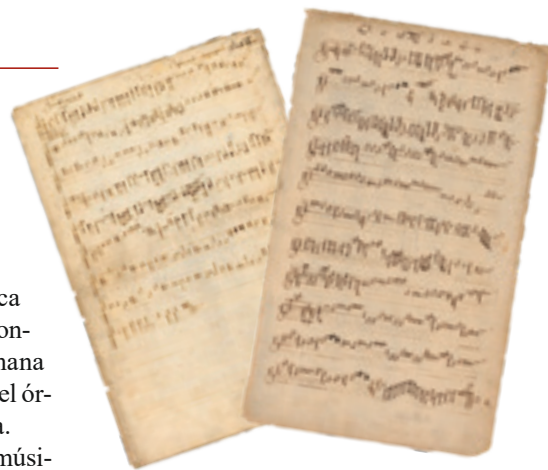
Así, las tendencias de la música barroca estaban listas para encontrar eco reconciliando la voz humana con el instrumento, y no sólo con el órgano, sino incluso con la orquesta.

Naturalmente, muchos otros músicos europeos, sobre todo de Alemania, se interesaron por viajar a Venecia para adquirir nuevos conocimientos. En consecuencia, varios alumnos y admiradores de Gabrieli acabaron difundiendo sus composiciones en otros países.

Entre sus alumnos —sobremanera notable y quizá una de las mayores glorias que la música le debe a Gabrieli— se encuentra Heinrich Schütz, quien supo trasladar el estilo italiano de los *madrigali* y las *sacrae symphoniae* al genuino espíritu alemán.

Sonidos que corroboran la grandeza del culto

Transcurridos los siglos, cuando la serenidad de la historia nos permite emitir un juicio acertado de los hechos, vemos que el *feeling* de alma de Gabrieli fue asertivo: lejos de que los instrumentos musicales adecuados desempeñaran un papel desfavorable en el recinto sagrado, por ser sospechosos de sensualidad



Fotos: Reproducción

Muchos músicos adquirieron nuevos conocimientos de Gabrieli, difundiendo su arte en otros países

Partitura manuscrita de la obra «Audite princeps», de Giovanni Gabrieli - Biblioteca de la Universidad de Kassel (Alemania)

o de orgullo, corroboraban la grandeza del culto.

Hoy en día, ¿qué alma fiel no se siente transportada a una realidad mucho más feliz y benevolente al escuchar una de las *sacrae symphoniae* de Gabrieli resonando, por ejemplo, a través de las majestuosas naves de la basílica de San Pedro durante la vigilia pascual, mientras el Papa se desplaza del presbiterio a la pila bautismal para bendecir el agua que transformará a pobres hombres en hijos de Dios?

En ese sublime momento del bautismo, durante la más santas de las noches, las grandiosas notas e intervalos musicales de Gabrieli —un genio del arte— resaltan la dignidad del sacramento, completando la escena. ✦

¹ Cf. COMBARIEU, Jules. *Histoire de la musique*. 8.^a ed. Paris: Armand Colin, 1948, t. I, p. 383.

² SAN PÍO X. *Tra le sollicitudine*.

³ Cf. RIGHETTI, Mario. *Historia de la Liturgia*. Madrid: BAC, 2013, t. I, p. 1133.

⁴ No deja de ser interesante observar incluso cierto carácter exorcista propio de la música instrumental: los acordes del arpa de David eran los que liberaban a Saúl de un mal espíritu (cf. 1 Sam 16, 15-23).

⁵ RIGHETTI, *op. cit.*, p. 1132.

⁶ Alberto V, duque de Baviera, fue uno de los líderes de la Contrarreforma católica contra los protestantes alemanes. Como influyente mecenas, era un gran coleccionista de arte religioso y al músico Orlando da Lassus le asignó un puesto destacado en su corte.

⁷ DANIEL-ROPS, Henri. *História da Igreja de Cristo. A Igreja dos Tempos Clássicos (I)*.

São Paulo: Quadrante, 2000, t. VI, p. 129.

⁸ Andrea Contucci, conocido como Andrea Sansovino, fue un arquitecto y escultor italiano que ejerció una gran influencia en el arte del Alto Renacimiento. Los cancellos del coro de la basílica de San Marcos, sobre los cuales se encuentran tres de sus relieves, sirvieron de escenario para numerosas interpretaciones del compositor Giovanni Gabrieli.

⁹ Aunque este estilo policoral —*cori spezzati*— se estuviera explorando en otros lugares durante décadas, el talento de Gabrieli supo darle un notable éxito.

¹⁰ Al menos se estima un centenar de entre las composiciones de Giovanni Gabrieli: dos conjuntos de *sacrae symphoniae*, además de *canzoni*, *sonate* y *concerti*. Muchas de sus obras fueron publicadas póstumamente.

¹¹ DANIEL-ROPS, *op. cit.*, p. 129.



Un vitral de sonidos

Si fuera posible traducir la «voz» de Dios en un instrumento, sin duda sería similar al órgano: un auténtico vitral de sonidos, capaz de reflejar y transmitir, en una armoniosa variedad de matices, la gracia divina.



✠ Hna. Priscilla Stephanie Lourenço Cerqueira

Quien, ante el deseo de visitar la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras (Brasil), traspasa los portones que franquean la entrada de la casa de formación Thabor, de los Heraldos del Evangelio, se topa enseguida con una columna coronada por la blanca imagen de Nuestra Señora de Sion y, a la derecha, una acogedora rampa entre la arboleda.

Tras ser recibido por los educados porteros, el visitante se siente invadido por la incógnita de lo que encontrará más allá del camino que tiene delante, envuelto en el aire fresco y la espesa y simpática vegetación atlántica —su primera anfitriona, ya que aún no ha aparecido nadie... Subiendo, poco a poco percibe el palpitar de la vida de una comunidad que no sabe muy bien cómo definir: monasterio, cuartel, castillo, catedral, o como quiera llamarlo, pues allí se respira un poco de todo.

Al bajarse del coche ya le es posible, a través de lo que oye, presentir algo... ¿Sonoros acordes procedentes del Cielo? ¿Brisas melódicas? ¿El lejano retumbar de truenos? ¿Susurros angélicos? Nuestro visitante, atento oyente, no logra discernirlo y se pregunta: ¿qué será?

Cuando llega al patio frente a la basílica, advierte una vitalidad a la

vez recogida, orante y efervescente. Allí le espera el heraldo encargado de mostrar a los recién llegados los distintos espacios y contarles la historia del templo. Sube los peldaños de una escalinata en *fer-à-cheval* y cruza el atrio. Formas, colores, proporciones y detalles, luces y sombras, voces y sonidos forman un conjunto hecho de belleza, de realidades espirituales y materiales, de algo que el lenguaje humano no puede traducir, pero el corazón comprende...

Bellezas que nos remiten al Creador

Dios nos creó, a los hombres, con una sed innata de infinito para que lo buscáramos incesantemente desde los albores de nuestra existencia, pues nos destinó a la felicidad eterna junto a Él y aquí estamos expatriados, a la espera de la gloria futura en el Cielo, como sugiere la salve: «Después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre».

Ahora bien, en su infinita bondad, el Señor nos ha dado ciertas «muestras» del Paraíso en este valle de lágrimas, que nos permiten anticipar de algún modo aquello para lo que hemos sido creados. Ésa es la razón de la belleza natural que contemplamos en los minerales, en la flora y en la fauna, así como en las fabulosas

obras de arte realizadas por el genio humano: iglesias, castillos, pinturas, esculturas y otras tantas maravillas. Todas ellas, elaboradas según la recta ordenación establecida por el Creador, nos remiten a Él mismo, Fuente de todos los dones, que dio a los hombres la capacidad de engendrar en la tierra reflejos tangibles de su perfección.

En el universo del arte, destacamos en este artículo una que está al especial servicio de la sagrada liturgia: la música sacra. En ella consideraremos, en particular, el papel del órgano.

Una orquesta de orquestas

Existente en las más variadas formas y tamaños, ese instrumento puede producir sonidos a veces potentísimos y con cuerpo, a veces delicados y sencillos, profundos y espirituales.

Paralelamente, para los que lo escuchan y para el que lo ejecuta, les reserva la sorpresa del misterio: para los primeros está la incógnita de qué seguirá a los suaves *Gedackts* 8', o cuándo cesará el atronador *Clairon* 4', para dar paso a una *Flûte douce* 4', y así sucesivamente,¹ para el organista, está siempre el suspense y la expectativa de cómo responderá el instrumento a las inspiraciones y demandas de su estro, porque, al ser un instrumento

Tocar un órgano es como tener en las manos una orquesta de orquestas, un brillante capaz de reflejar todos los colores, luminosidades y destellos

accionado por aire, da la impresión de que el sonido, apenas emitido, es como absorbido por algo inmaterial que producirá o no el resultado sonoro deseado, a fin de tocar las almas en el sentido de lo que la liturgia pide en ese momento.²

Es como si los ángeles impulsores del recogimiento, de la impostación de las voces y de los imponderables del ambiente asumieran las ondas sonoras y, a través de ellas, hicieran sensibles las almas a la misteriosa voz de la gracia que susurra en lo más profundo de los corazones palabras de dulzura, paz y confianza en Dios.³

Éste es uno de los efectos más emocionantes producidos por la casi ilimitada diversidad de timbres que ofrece un órgano de gran tamaño, como el de la mencionada basílica de Nuestra Señora del Rosario. Tocarlos es como tener en las manos una orquesta de orquestas, un vitral de sonidos, un brillante capaz de reflejar todos los colores, luminosidades y destellos.

Algunas pinceladas sobre el mecanismo interno de un órgano

Nuestro visitante, si nunca ha tenido la oportunidad de analizar de cerca

un órgano de tubos, podría preguntarse: ¿qué causa ese espectáculo de sonidos tan diferentes?

Por increíble que le parezca a la mentalidad actual, dominada por la idea de que todo es resultado de las tecnologías digitales, tal variedad sonora se consigue de manera mecánica. Se trata de un complejo pero eficiente mecanismo de teclados, palancas, resortes, fuelles y otras piezas que mueven el aire hacia tubos de distintos tamaños y formas, de los que saldrán los sonidos propios del instrumento.

En general, en el órgano tenemos la familia de las flautas, las cuerdas, las lengüetas y los diapasones —que son propiamente los registros del órgano, ya que no pretenden imitar a otros instrumentos—, así como otras variaciones que enriquecen aún más la amplia gama tímbrica. La cantidad de teclados, llamados *manuales*, puede variar de uno a seis. El hecho de que hay más de uno facilita la mutación de sonidos y potencias, pues cada uno tiene sus propios registros específicos.⁴

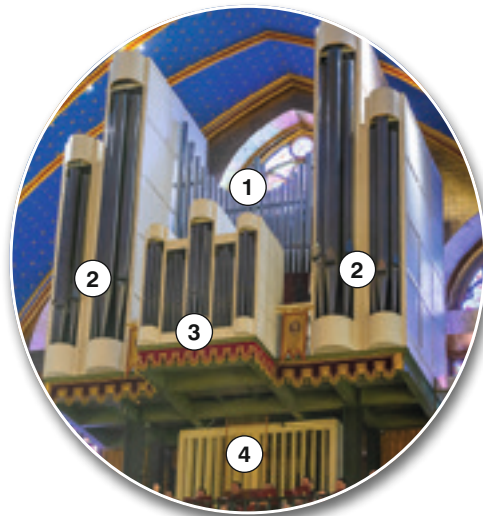
En el primero de los tres manuales de nuestro órgano, llamado *Positif*, se encuentran los sonidos más accesibles al oído del público dentro de la basílica



Priscila Carqueia



Leandro Souza



Leandro Souza

En la parte superior de la página, el órgano de la basílica de Nuestra Señora del Rosario (Caieiras), de arriba abajo: tubos del Positif; el Grande Orgue; y una vista general con las partes marcadas: 1. Grande Orgue, 2. Pedal, 3. Positif y 4. Récit



Más que escuchar hermosas melodías o deleitarnos con el espectáculo de formas y colores, nos beneficiaremos si aprovechamos esos bienes para crecer en la fe y el amor a Dios

La autora de este artículo tocando el órgano el día de su inauguración, 21 de septiembre de 2024; en el destacado, detalle de los registros

ca, y con él se acompañan los cantos de los fieles. En el segundo manual, el *Grand Orgue*, tenemos los registros de mayor potencia, como los *Trompettes 16' 8'*, *Mixture 5f* y *Bourdon 16'*, entre otros. Por último, el *Récit*, el tercer manual, que se utiliza para apoyar la voz de los solistas o tocar un solo suavemente.

Los números en los registros indican las medidas en pies de los tubos, pudiendo los más graves, 32', alcanzar hasta doce metros, y los más agudos, 1', medir alrededor de seis milímetros.

Instrumento católico por excelencia

Combinar los distintos registros es un arte complejo que todo organista debe desarrollar eximamente, porque de ello depende la buena ejecu-

ción de las composiciones musicales. Cada pieza, sea del período medieval, del renacentista, barroco o romántico, tiene sus características especiales y requiere timbres apropiados;⁵ además, la elección de los registros debe tener muy en cuenta la diferencia entre una interpretación solista, una instrumental *strictu sensu* o una acompañada de voces.

En resumen, el órgano es un gran instrumento, cuya principal función consiste en ayudar a los fieles en la oración, subrayando el estado de recogimiento reinante y proporcionando a las almas mejores disposiciones para recibir las gracias que Dios, Padre infinitamente pródigo, dispensa a todos los que se ponen bajo el amparo de aquella que Él nos dio como madre inmaculada e indefectible: la Santa Iglesia.

¡Venga a visitarnos!

Lo que hemos visto hasta ahora ha sido un intento de explicar los misteriosos sonidos con los que entró en contacto nuestro visitante de oído fino.

Ahora bien, más que escuchar hermosas melodías, deleitarse con el espectáculo de formas y colores o apreciar cualquier otra manifestación de belleza material, obtendrá mayor provecho al servirse de esos bienes para crecer en la fe y en el amor a Dios, como quien no se contenta con tener simplemente impresiones agradables, sino que toma resoluciones firmes que lo acercan a la verdad. De lo contrario, podría caer en el mismo error de los romanos, acusados por San Pablo de no elevarse al Señor a través de las criaturas (cf. Rom 1, 18-21).

Finalmente, querido lector, concluimos estas líneas presentándole nuestra afectuosa invitación: venga a visitarnos y deje que las adorantes melodías del órgano y los encantos de la basílica de Nuestra Señora del Rosario toquen su corazón y estrechen así los lazos que le unen al Padre celestial. ✠

¹ El registro *Gedacks 8'* imita el sonido de una flauta de madera; el *Clairon 4'*, el sonido de un clarín; la *Flûte douce 4'*, el sonido de una flauta dulce más aguda.

² Más allá de técnica o de simple complemento, el papel del organista en la ejecución de cual-

quier pieza musical es importantísimo, pues no sólo debe acompañar su desarrollo, sino también sostener la afinación de los cantores y la correcta interpretación de la velocidad y del estilo deseados por el compositor, especialmente en el caso de la música sacra, en

donde los imponderables de la melodía deben acompañar la sublimidad de los misterios celebrados (cf. FETIS, François-Joseph. *Treatise on Accompaniment from Score on the Organ or Pianoforte*. Londres: William Reeves, [s.d.], pp. 32-36).

³ Cf. SAINT-LAURENT, Thomas de. *O livro da confiança*. São Paulo: Retornarei, 2019, p. 13.

⁴ Cf. BEDOS DE CELLES, OSB, François. *L'art du facteur d'orgues*. Paris: Saillant & Nyon, 1766, pp. 2-142.

⁵ Cf. FETIS, *op. cit.*, pp. 35-36.

... que la basílica más pequeña del mundo se encuentra en Brasil?

Sí, ¡y a 1.746 metros de altitud! La Serra da Piedade, situada entre la capital de Minas Gerais y el municipio de Caeté, es conocida sobre todo por el pequeño santuario erigido en su cima, el cual, a pesar de su simplicidad, hace aún más deslumbrante su rico paisaje natural, especialmente por la protección de la criatura más bella: María Santísima.

El sencillo templo, dedicado a Nuestra Señora de la Piedad, tiene su origen en una aparición de la Virgen a una niña muda, a la que le concedió su curación. Su construcción comenzó en 1767 por iniciativa del portugués Antônio da Silva Bracarena, con el apoyo de Manuel Coelho Santiago. Erigida en el mismo lugar de la aparición, la capilla original

Sérgio Mourão (CC by-sa 4.0)



Basílica menor de Nuestra Señora de la Piedad - Caeté (Brasil)

pronto empezó a atraer a un gran número de peregrinos. En 2017, tras varias reformas y mejoras, fue elevada a la categoría de basílica menor.

La pequeña iglesia, típicamente barroca, ostenta en su altar mayor una imagen de la Virgen de la Piedad hecha por Antônio Francisco Lisboa, conocido como el *Aleijadinho* (del portugués el «Lisiadito»). Según cuenta la leyenda, la montaña sobre la que se asienta está constituida de oro y plata, lo que había servido de referencia geográfica a los exploradores del siglo XVII. Si esto es cierto o no, nadie lo sabe, pero una cosa es indiscutible: como patrona de Minas Gerais, la Virgen eligió la cumbre de aquella sierra para mostrar que más valioso que cualquier bien de este mundo es su amor maternal, derramado sobre sus hijos que le piden clemencia. ✦

... por qué existen ornamentos litúrgicos de color rosa?

Entre los numerosos elementos que componen la liturgia católica, la variedad de colores de los ornamentos desempeña un papel simbólico y expresivo. Con extremo celo y dedicación, la Santa Iglesia se sirve de estos colores para transmitir con mayor eficacia el significado de los misterios que celebra.

El simbolismo de muchos de los colores utilizados a lo largo del año litúrgico se puede intuir fácilmente. Por ejemplo, cuando vemos ornamentos rojos, pensamos inmediatamente en la fecunda sangre de los mártires o en las ardientes llamas del Espíritu Santo. Pero ¿por qué el rosa?

En medio del sobrio morado de la Cuaresma o el Adviento, la Iglesia nos sorprende revistiendo a sus ministros con un matiz luminoso. Con su matiz entre el púrpura y el violeta, el rosa aparece el tercer domingo de Adviento, llamado *Gaudete*, y el cuarto domingo de Cuaresma, llamado *Laetare*, a causa de las palabras iniciales de las antífonas de entrada de las misas de esos días. A primera vista, por su vitalidad, este color parecería no muy apropiado para un período penitencial... Sin embargo, su uso encierra un propósito eminentemente pastoral, pues representa la ale-

gría que la Iglesia experimenta en Navidad y en la Pascua, simbolizada por tres cualidades de la rosa: su olor, su color y su sabor, que reflejan la caridad, la alegría y la saciedad espiritual.

Tanto en la Cuaresma como en el Adviento, esperamos con santa impaciencia los hechos primordiales de la vida de Nuestro Señor Jesucristo: su nacimiento y su resurrección. Con la esperanza de estas solemnidades —siempre celebradas con ornamentos blancos— y ya como que anticipándolas, la Iglesia utiliza el rosa para expresar su júbilo por estar a las puertas de tan anhelados acontecimientos. Además, habiendo acompañado durante esos dos tiempos de preparación el sacrificio penitencial de sus hijos, simbolizado por los ornamentos morados, la Esposa Mística de Cristo se compadece de ellos y atenúa un poco su rigor mediante el tono de ese color. ✦



Sacerdote con casulla rosa

Una carmelita de fábula

Nacida de nobilísimo linaje real, Madame Luisa se hizo esposa de Cristo, convirtiéndose así en una princesa de magnificencia superior.

✠ Bianca María dos Santos Damião



Lo que mejor define a un noble es la excelencia de su persona. Por su simple nacimiento, está llamado a guiar a otros y a representar a Dios mismo. Sin embargo, dicha excelencia se reviste de una pulcritud aún mayor cuando se combina con la magnanimidad de la renuncia, tan necesaria para la existencia humana, sobre todo una vez sublimada por el sacrificio de la cruz.

Renunciando a la pompa del mundo, aquella que había nacido de nobilísimo linaje real parece ser un ejemplo arquetípico de esa realidad. Madame Luisa, la hija menor de Luis XV de

Francia y María Leszczyńska, princesa de Polonia, eligió para sí una vía más elevada. Al hacerse esposa de Cristo, se convirtió también, por el signo de la generosidad, en una princesa de magnificencia superior.

Educación en Fontevraud

Nacida el 15 de julio de 1737, la pequeña Luisa era conocida como *Madame Septième* —la Sra. Séptima—, aunque fuera la octava hija, pues una de sus hermanas había fallecido. Rodeada de las atenciones de doce cortesanos, cuya única función era acompañarla con continuos desvelos, ya a

temprana edad gozaba del poder de mandar y ser servida. Poseía un temperamento impetuoso y vivaz.

De niña, su educación fue confiada —junto con tres de sus hermanas, Victoria, Adelaida y Sofia— a las religiosas benedictinas de la abadía de Fontevraud. De este modo, su primera infancia la pasó en el sano ambiente del convento, siendo hábilmente formada en la religión y en el amor a las realidades eternas.

Dos hechos marcaron de una manera especial ese período. Un día, cuando su sirvienta de cámara se demoraba en atenderla, Luisa se subió a la barandilla de su lecho y se cayó... El accidente la dejó con una deformidad física y casi la llevó a la muerte. Las monjas rezaron a la Santísima Virgen por ella y, milagrosamente, la pequeña se curó. Este episodio marcó el inicio de su devoción a la Madre de Dios.

En otra ocasión, considerándose ofendida por una de sus damas de compañía, le dijo: «¿Acaso no soy yo la hija de vuestro rey?». A lo que la interlocutora le contestó: «Y yo, señora, ¿no soy hija de vuestro Dios?». Esto ponía de relieve la dignidad bautismal ante los ojos de la princesa, que se disculpó enseguida, muy impresionada.

Luisa tenía una conciencia muy esclarecida, lo que le permitía corregirse fácilmente cuando advertía sus defectos, y demostraba gran celo por sus deberes de piedad, de los que sa-



Francisco Lecaros



Reproducción

Dos partidos rivalizaban en la corte francesa: el de los que aprobaban el comportamiento licencioso del rey y el de los que se oponían a él

Luis XV - Palacio Real de Caserta (Italia); y María Leszczyńska, de Charles-André van Loo - Museo de Historia de Francia, palacio de Versalles (Francia)

caba fuerzas para el combate espiritual.

Escribía en sus meditaciones eucarísticas: «Apenas mis primeros años habían transcurrido, apenas las enseñanzas de vuestra santa religión habían hecho mella en mi alma, cuando hicisteis nacer en mí una piedad afectuosa por el sacramento de vuestros altares. Sólo ansiaba el momento de recibirlos ahí, de poseeros ahí; una fe viva, un amor ardiente, al recibir nuevos dones de vuestra gracia, aumentaron mis deseos. Los escuchasteis, los concedisteis, Dios de bondad, los coronasteis, dándome vuestro cuerpo sagrado como alimento. ¡Oh, favor, que hasta el último instante de mi vida estará presente en mi gratitud!».¹

El 21 de noviembre de 1748, Luisa hizo la primera comunión, con 11 años. En octubre de 1750 regresa a Versalles, donde permanecerá hasta 1770. No debió ser pequeño el choque cultural entre las bendiciones de la abadía y la decadencia moral de la corte francesa...

La diferencia entre dos mundos

Numerosos excesos morales manchaban la corte, donde el disfrute mundano era el fin último de la existencia. «Ninguna época fue más galante ni más refinadamente libertina que aquella. Podría decirse que todo estaba permitido, que se admitía todo en el terreno de las flaquezas humanas, siempre que se respetaran las reglas del decoro y las buenas maneras».²

Analizando esta triste realidad con cierto sentido psicológico, no es difícil imaginar lo que significó para Madame Luisa, alma íntegra y ardiente, entrar en contacto con tal permisividad entre los que deberían ser la vanguardia del buen ejemplo y la rectitud.

Y lo más desconcertante era que esa decadencia se apoyaba en el relativismo de la vida privada del rey, su padre, en torno al cual rivalizaban dos facciones: la de la mayoría de la familia real, que desaprobaba su adulterio,



En medio de la decadencia moral de la corte transcurrió la adolescencia de Luisa, que eligió la vía más perfecta

Madame Luisa, de Jean-Marc Nattier - Museo de Historia de Francia, palacio de Versalles (Francia)

y la del concubinato, que favorecía el comportamiento licencioso del soberano y los intereses de la Revolución.

Luisa mantenía una abierta hostilidad hacia las concubinas del rey. En particular, se aliaba con su hermano, el delfín Luis Fernando, cuyas virtudes eran bien conocidas por los franceses, pues ambos poseían grandeza de espíritu afín.

María Leszczyńska, su madre, también era «el modelo más noble de todas las virtudes religiosas y sociales [...]»; mientras vivió, la reina permitió que la corte de Luis XV tuviera el aspecto digno e imponente que le corresponde a una gran potencia».³

En esta dualidad de concepción de la vida en la que se encontraba la corte francesa, transcurrió la adolescencia de la princesa, que, fortalecida por la gracia, elegiría la vía más perfecta.

Se define su vocación

Se dice que a Madame Luisa le gustaban los ejercicios difíciles e incluso violentos. Una vez, mientras cazaba, su caballo se asustó y la lanzó a una distancia considerable. Estuvo a punto de caer bajo las ruedas de un carruaje que pasaba a toda velocidad.

Al ofrecerle llevarla de vuelta al palacio en carro, se negó y pidió que le trajeran su caballo. Cuando le presentaron al nervioso animal, Luisa lo montó, riéndose de la preocupación ajena; enseguida lo domó y continuó su paseo. De regreso al castillo, le agradeció a la Virgen su segunda intervención por su vida.

En los momentos de recogimiento, episodios como ése ciertamente la sostenían en la práctica del bien y en el ejercicio de la piedad.

Durante ese período, Dios visitó a la familia real, llamando a algunos de sus miembros más virtuosos a comparecer ante Él, un hecho que marcó el alma de Luisa. En 1752 su hermana Enriqueta murió de tuberculosis intestinal. En 1765 el delfín Luis Fernando falleció de la misma enfermedad, seguido por su esposa dos años después. Su abuelo murió quemado accidentalmente en Polonia y su madre falleció en 1768.

El luto por estos acontecimientos parece haber mantenido a la princesa en la corte durante un largo tiempo, porque pensaba en su padre. Sin embargo, hacía mucho que había decidido abrazar la vida monástica.

En la corte de Versalles, un corazón carmelita

En 1751, Luisa presencia el ingreso de Madame de Rupelmonde en el Carmelo de Compiègne. La ceremonia le encanta en todos los sentidos, ayudándola a delinear su vocación.

A partir de entonces, la princesa se mantiene cada vez más recogida y distante de las comodidades. Se dedica a la meditación, siguiendo el año litúrgico, y para ello busca la soledad, a pesar de su temperamento vivaz, que debe dominar. «Siento al Señor: me está llamando a algo más elevado, y es algo que me une más particularmente a su servicio».⁴ escribió en sus notas.

Sin dejar de cumplir sus obligaciones de princesa —que incluían cenas oficiales, recepciones a embajadores, revistas militares; además de diversio-



«¿No he conocido el mundo lo suficiente como para odiarlo para siempre, para nunca volver a echarlo de menos? He considerado tantas veces, una por una, todas las dulzuras de este estado, ¡al que quiero renunciar!»

Galería de los Espejos - Palacio de Versalles (Francia);
en el destacado, la Venerable Teresa de San Agustín, de Anne Baptiste Nivelon

Myrabella (CC by-sa 3.0)

nes como exposiciones de arte, bailes, juegos, representaciones teatrales, conciertos—, inicia la vida consagrada sin haber abandonado aún el palacio. «Que en todas partes, y en los lugares más sagrados del mundo, tenga un corazón crucificado, un corazón de carmelita»,⁵ rezó en una novena a Santa Teresa de Jesús.

En 1762, Luisa consigue las constituciones carmelitas y una vestidura monástica, que usaba cuando podía estar a solas en sus aposentos. «Mis oraciones, siempre preparadas mediante el ejercicio de la presencia de Dios, a quien me elevaré a intervalos, ya no sufrirán ni por la vivacidad de mi imaginación, ni por la infeliz disipación que conlleva casi necesariamente el contacto prolongado con el mundo, ni por la excesiva preocupación por mí misma».⁶ En estas palabras se percibe la primera conversión de Luisa y la búsqueda del recogimiento interior, preparatorios para la vida de contemplación en el Carmelo.

Y a medida que progresa, su convicción se vuelve más firme: «Todo lo que me rodea parece invitarme a quedarme en esta tierra, aparentemente risueña y feliz; todo lo que hay en mí grita que, en realidad, no es más que una tierra de exilio y peregrinación».⁷

Cada día, la princesa se dedica a un minucioso examen de conciencia. Con gravedad, leemos lo que exige de sí misma en sus meditaciones: «¿Me

he aplicado siempre seriamente a examinarme, a seguirme de cerca, a desarrollar todos los motivos habituales que dirigen mis acciones, a sopesar en la balanza del santuario mis iniquidades, a detestarlas todas, sin reservas, sin mezcla, a prevenirlas con los cuidados necesarios, a repararlas con las santas mortificaciones de la penitencia, con las humillaciones y los dolores del arrepentimiento sincero?».⁸

De sus propias palabras se desprende que Luisa lleva una vida humilde, que aspira al sacrificio y a la cruz del Señor. Se aleja de la calefacción del castillo en los días de frío, supera su repugnancia al olor de las velas y la dificultad de permanecer arrodillada mucho tiempo. También es conocida su dedicación a los necesitados: dona a los pobres todo el dinero que recibe para sus gastos personales, sin usarlo nunca para sí misma.

Finalmente, en el Carmelo

Sólo el arzobispo de París, Christophe de Beaumont, conocía sus aspiraciones a la vida religiosa. La princesa hizo una novena a Santa Teresa pidiendo fuerzas para vencer la ternura de su padre y le suplicó al prelado que intercediera por ella ante el rey. Luis XV quedó consternado por la noticia y pidió quince días para reflexionar. Percibiendo que se trataba de un auténtico llamamiento de Dios, dio su bendición paterna a la vocación de su hija.

Luisa hizo la entrega de sí misma a Dios con inmensa generosidad. Sabía muy bien que sus oraciones y sacrificios pesarían en la balanza divina a favor de la conversión de su padre y de la corte. «¿No he conocido el mundo lo suficiente como para odiarlo para siempre, para nunca volver a echarlo de menos? He considerado tantas veces, una por una, todas las dulzuras de este estado, ¡al que quiero renunciar!»⁹ afirmó.

Al expresar su opinión sobre la partida de la princesa, Madame Campan, preceptora de las hijas del rey, escribe: «El alma de la señora era elevada; la princesa amaba las cosas grandiosas. A menudo interrumpía mi lectura, exclamando: “¡Qué hermoso! ¡Qué noble!”». Así que sólo podía tomar una única actitud admirable: cambiar el palacio por una celda y sus hermosos vestidos por un hábito de lana tosca. Eso fue lo que hizo».¹⁰

Es evidente que tras la toma de hábito de Madame Luisa, el 10 de septiembre de 1770, en el Carmelo de Saint-Denis, bajo el nombre de sor Teresa de San Agustín, se presentaron las oportunidades más diversas de luchar por las almas y por Francia.

Fue nombrada maestra de novicias y nos ofrece un interesante relato de ese oficio: «¿Cómo pretenden que tenga un momento para mí, encargada de trece novicias cuyo fervor se debe moderar



continuamente? La dificultad llega cuando tengo que hacerlas descansar».¹¹

Poco después fue elegida superiora y recibió la admiración de todo el convento. Lúcida y serena, sin complacencia con el mal ni rigor excesivo, se distinguía por la sensatez de su carácter y la atención hacia sus hermanas. Era una priora que sabía formar heroínas de amor y humildad.

La princesa también ejerció como tesorera de la comunidad y emprendió la reconstrucción de la iglesia del convento. Varias deudas contraídas con anterioridad fueron saldadas gracias a su perspicacia en el gobierno.

Actuando por la Iglesia y por Francia

La princesa carmelita no escatimó esfuerzos junto a su padre en beneficio de la Iglesia. Ya en el reinado de Luis XVI, trató de influir en el espíritu indeciso del soberano para que tomara partido por el bien y fuera íntegro en el ejercicio de su misión real. Tan benéfica era su influencia sobre él que la Revolución la temió e intentó detener ese rayo de luz que incidía sobre el monarca.

Lo reprendió tenazmente por su debilidad al firmar el Edicto de Tolerancia, que reconocía derechos civiles a los protestantes. Veía en esa actitud el influjo de las ideas ilustradas y las grandes catástrofes que de ella podrían sobrevenirle a Francia.

Sor Teresa de San Agustín también se opuso manifiestamente a los erro-

res jansenistas que se propagaban en la época, buscando salvar a numerosas religiosas que se habían adherido a este mal. Además, con el prestigio del que gozaba, obtuvo del rey la autorización para que cincuenta y ocho monjas carmelitas fueran recibidas en territorio francés, tras la expulsión de los estados austriacos, por orden del emperador José II, de todos los religiosos contemplativos.

Una forma precisa de comprender su augusta personalidad es entrar en contacto con su epistolario, en el que la monja carmelita y la princesa se unen en pro de los intereses de la Iglesia y del bien público.

¿Muerte por envenenamiento?

En la historia se plantea la posibilidad de que la princesa fuera envenenada. De hecho, se dice que durante ese período recibió un sobre anónimo que contenía reliquias. Al abrirlo, encontró un puñado de cabellos cubiertos de un polvo misterioso. Al inhalarlo, sintió de inmediato sus maléficos efectos: «No dijo nada, y la portera vio que rápidamente lo tiró todo al fuego. Madame Luisa murió un mes después, el 23 de diciembre de 1787, tras semanas de atroces sufrimientos».¹² No hubo diagnóstico para su enfermedad, y la princesa murió exclamando: «¡Al galope, al galope hacia el Paraíso!».

Y como todo lo que hacía era fruto de una sana impetuosidad, no se habrá apresurado menos en el momento supremo de lanzarse a lo inesperado para conquistar el Cielo.

¿Habría cumplido su misión? ¡No cabe duda! El Dr. Plinio así lo afirma, teniendo en vista el renacimiento religioso en Francia incluso bajo las garras de la Revolución: «Es evidente: la inmolación de la Venerable Luisa de Francia no fue ajena a esto, pues si la vida de los justos es preciosa ante Dios, la vida de esta justa necesariamente tuvo un gran peso ante Él, como lo tuvo ante los hombres».¹³

Podemos afirmar sin temor que el mayor honor de Madame Luisa fue haber sido un obstáculo para la acción revolucionaria en Francia. Es más: contribuyó al nacimiento de un movimiento religioso contrario a esos errores y, a pesar de las apariencias adversas, ante Dios triunfó. ✚



Reproducción

Tan benéfica era su influencia sobre los reyes que la Revolución intentó detener ese rayo de luz

Visita de Luis XV a su hija en el Carmelo, de Maxime Le Boucher - Museo de Arte e Historia de Saint-Denis (Francia)

¹ VENERABLE TERESA DE SAN AGUSTÍN. *Méditations eucharistiques*. Lyon: Théodore Pitrat, 1810, p. 47.

² HENRI ROBERT. *Os grandes processos da História*. Porto Alegre: Globo, 1961, t. VI, p. 158.

³ CAMPAN, Jeanne Louise Henriette. *A camareira de Maria*

Antonieta. Memórias. Lisboa: Aletheia, 2008, p. 11.

⁴ VENERABLE TERESA DE SAN AGUSTÍN, *op. cit.*, p. 111.

⁵ *Idem*, p. 292.

⁶ *Idem*, p. 106.

⁷ *Idem*, pp. 3-4.

⁸ *Idem*, p. 103.

⁹ *Idem*, p. 286.

¹⁰ CAMPAN, *op. cit.*, pp. 13-14.

¹¹ PROYART, Liévin-Bonaventure. *Vie de Madame Louise de France*. 2.^a ed. Paris: Librairie d'Education de Perisse Frères, 1849, t. I, p. 226.

¹² COHALAN, Kevin. «Une énigme du Carmel. La princesse

empoisonnée». In: *Dossier Histoire des Crimes du Plateau*. Montreal. Año VIII. N.º 1 (mar-may, 2013), p. 10.

¹³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. «A força do bom exemplo». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XXVI. N.º 303 (jun, 2023), p. 24.



Semilla de un futuro glorioso

Guía, amparo y sustento de la inocencia de su hijo, Dña. Lucilia fue la semilla dorada y magnífica de la que nació la vocación del Dr. Plinio.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Con frecuencia, el estado espiritual de una madre condiciona el de su hijo, pues Dios tiene en cuenta la fidelidad materna para dar a los descendientes las gracias necesarias al cumplimiento de su misión. Para desempeñar bien esta tarea, es necesario que la madre sepa rezar, tenga una sólida vida interior, frecuente los sacramentos y, así, se beneficie de la gracia y progrese en la vida espiritual. De este modo, contribuirá a que su propia santidad se refleje en sus hijos.

Dice el Señor en el Evangelio: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados» (Mt 5, 6); el amor de una madre por su hijo debe ser tal que tenga hambre y sed de perfección y quiera entregarse enteramente para santificar a su hijo, hasta tal punto que, estando junto al niño, lo ilusione y lo mueva a exclamar: «¡Qué bonito es ser santo!».

El privilegio de tener una buena madre

Ésa era la opinión del Dr. Plinio: «La mayor de las universidades no tiene el papel de una madre: el de condicionar, dentro de su perspectiva y que transmite a su hijo, una serie de nociones generales, [...] que se proyectarán más tarde sobre toda su vida. Después de beber en ella las buenas influencias, propias a acercarlo a la Iglesia Católica y a darle una avidez enorme para acoger a la Igle-

sia Católica en su alma, cuando el hijo termina el recorrido de su vida, se da cuenta de que eso concuerda con lo que recibió de su madre desde el principio».

Si nos hacemos una idea concreta del privilegio de tener una buena madre, en la que brillan las virtudes y los dones del Espíritu Santo, que toma a su hijo en brazos llena de un cariño, de un afecto y una manera de ser con los cuales abre los ojos a la realidad y le da el primer impulso en el recto camino, tendremos en mente la noción clara del papel de Dña. Lucilia en la ascensión espiritual del Dr. Plinio.

Un testimonio de eso son las palabras de encomio que le dedicó, tan pronto como exhaló su último aliento: «Estudí su hermosa alma con incesante atención y por eso mismo me gustaba. Hasta tal punto que, si no fuese mi madre, sino la madre de otro, la querría de la misma

manera, y encontraría la forma de irme a vivir con ella. Mi madre me enseñó a amar a Nuestro Señor Jesucristo, me enseñó a amar a la Santa Iglesia Católica».

Alma medieval, suscitada con vistas al futuro

Dios, en su infinita sabiduría, preparó con anticipación el florecimiento de la tan elevada vocación del Dr. Plinio, dándole a Dña. Lucilia como madre. Tenía ella el alma adornada con las gracias de la Edad Media y con lo mejor del *Ancien Régime*¹ y de la *Belle Époque*, es decir, lo que la era de las catedrales y de las cruzadas había producido *post mortem*, una vez iniciada la decadencia revolucionaria. En realidad, basándome en las palabras del Dr. Plinio y en mi propia experiencia personal, creo que Dña. Lucilia poseía algo más que no hubo en ninguna época anterior.

En efecto, asevera el buen principio teológico que la Iglesia, en cuanto Cuerpo Místico de Nuestro Señor Jesucristo, no permanece inerte a lo largo de los tiempos, sino que crece constantemente en gracia y santidad hasta el fin del mundo. Mientras haya una persona bautizada sobre la faz de la tierra, la Iglesia estará viva en ella y progresando cada vez más, porque cuenta con la promesa de la inmortalidad hecha por el Señor.

Ahora bien, dentro de ese crecimiento, Dña. Lucilia representaba una simiente dorada y magnífica, llena de

Qué privilegio tener una buena madre, en la que brillan las virtudes y los dones del Espíritu Santo, y que toma a su hijo en brazos llena de cariño

irisiones de algo que sería bueno en el futuro.

Una semilla de inocencia modesta, pequeña, ignorada

«Había en su espíritu un punto altísimo, que era el campo de su inocencia. ¿Qué relación tiene ese campo de su inocencia con mi inocencia? ¿Y qué relación tiene ese campo de inocencia con su papel dentro de la historia? [...] Había conservado sobre todo los lados buenos del siglo XIX, que eran las tradiciones medievales aún vivas; y su alma era una continuación de eso. De manera que comencé a amar en ella a la Edad Media, y muchas veces pensaba: “¡Qué parecida es a mamá!”»

»Sin embargo, mi madre no tenía una noción exacta de lo que había sido la Edad Media. Le gustaban mucho las cosas góticas, pero su alma era más gótica de lo que ella percibía en el gótico. Fue un eco fidelísimo, aunque subconsciente, de esa gloriosa era de fe, y mientras el mundo entero decaía y abandonaba [...] el espíritu de la Edad Media, ella engendró un hijo entusiasmado de la cristiandad medieval.

»Ella es el guion que une; el puente entre todo lo que hubo otrora y el futuro. Representaba el último llanto del pasado, que lloraba por morir. Y a su hijo, Nuestra Señora lo destinó a fundar una familia de almas que sería el alborear de la Edad Media resurrecta en el Reino de María. [...] O sea, la palabra *guion*



Doña Lucília con su hijo, Plínio; de fondo, uno de los ambientes de la Casa de Formación Thabor, Caieiras (Brasil)

*La gran misión de
Dña. Lucília consistió
en ser una semilla
pequeña e ignorada,
pero llena de irisaciones
de algo que sería
bueno en el futuro*

dice poco: es la última semilla de un árbol esplendoroso que muere, pero de la cual nacerá otro árbol aún más grande. Esa semilla fue ella: modesta, pequeña, ignorada, sin dejar tras de sí otro rastro más que ése, pero dejando ése. Y ése es su gran papel histórico, su gran misión».

Dada la extraordinaria vocación del Dr. Plínio, ¿no era normal que naciese de una madre inocente, como lo

fue Dña. Lucília, que nunca cometió una falta grave durante los 92 años de su larga vida? Sí, ese llamamiento, según el plan de Dios desde toda la eternidad, debería estar fundado en la inocencia y, sin ésta, le sería imposible al Dr. Plínio cumplirlo. De la inocencia es de donde brotarían tantas otras prerrogativas, dones y beneficios que la Providencia quería concederle.

Por eso, fue beneficiado con tan virtuosa madre, verdadero manantial, jardín florido de rectitud, con el objetivo de que tuviera ante sus ojos un punto de análisis, de atracción y de sustentación para su propia inocencia. ✦

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de:
CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio.
El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plínio Corrêa de Oliveira. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016, t. I, pp. 109-114.

¹ Del francés: Antiguo Régimen. La expresión fue utilizada originalmente por agitadores girondinos y jacobinos para designar, peyorativamente, el sistema de gobierno monárquico de los Valois y los Borbones, anterior a la Revolución francesa de 1789. En realidad, esa época se caracterizó por el esplendor del ceremonial de la vida de la corte y el orden armónico y jerárquico reinante en la sociedad.

Ronny Fischer



Xavier Jacob



Cristopher Dominguez



Guarany



Sérgio Oliveira



Actividades marianas – El mes de octubre estuvo repleto de actividades marianas. Entre ellas, destacamos la misa en la catedral metropolitana de Asunción, Paraguay, en conmemoración del 108.º aniversario de la última aparición de Nuestra Señora de Fátima (foto 2); las «Tardes con María» en el Santuario de Sameiro de Braga, Portugal, con la presencia de Mons. José Manuel García Cordeiro, arzobispo metropolitano (foto 6), en el centro de eventos Jardim Mayita de Ciudad de México (foto 1) y en la parroquia de San Pedro de Encarnación, Paraguay (foto 3); la procesión del Círio de Nazaré de Belém do Pará, Brasil (foto 5), en la que participaron miembros de los Heraldos del Evangelio; y la misión mariana y encuentro de miembros del «Oratorio María, Reina de los Corazones», en Pavuna, Brasil (foto 4).

Fotos: João Lucas Guimarães



Derivaldo



Brasil, diócesis de Bragança Paulista – En octubre, el coro y la orquesta de los seminaristas de la Sociedad Clerical Virgo Flos Carmeli animaron con su música la fiesta patronal de la parroquia del Niño Jesús y San Benito, de Francisco Morato, con la participación de Mons. José María Pinheiro, obispo emérito de Bragança Paulista (foto 1), y de la iglesia de San Benito de Bragança Paulista, con la presencia de Mons. Sérgio Aparecido Colombo, obispo diocesano (foto 2); así como la solemnidad de la patrona de Brasil en el Centro Pastoral Nossa Senhora Aparecida, de Caieiras (foto 3).

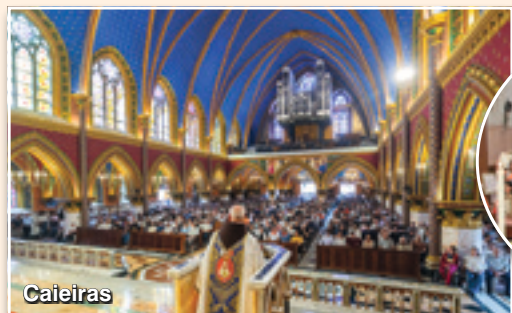


Devoción a María, íseñal de predestinación!

Nuevas promociones del curso de la Plataforma de Formación Católica Reconquista, de los Heraldos del Evangelio, hicieron su solemne consagración a Nuestra Señora como esclavos de amor, según el método de San Luis María Grignon de Montfort. «Una de las señales más infalibles de que uno está gobernado por el buen espíritu es la de ser muy devoto de María», afirma el gran santo mariano.

A continuación destacamos las ceremonias realizadas en España, en el santuario del Cerro de los Ángeles de Getafe; en

México, en la capilla de la Ascensión del Señor de Pachuca; y en Brasil, en la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Caieiras; en la catedral metropolitana de Fortaleza; en la parroquia de Nuestra Señora de la Salud de São Paulo; en la parroquia de Santa Teresinha de Manaos; en la parroquia de Jesús Buen Pastor de Ciudad Estructural; en la iglesia de Nuestra Señora de la Divina Providencia de Río de Janeiro; en la iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro de Juiz de Fora y en las casas de los Heraldos de Joinville, Maringá y Cuiabá.



Caieiras



Río de Janeiro



Getafe



Maringá



São Paulo



Joinville



Manaos



Pachuca



Juiz de Fora



Cuiabá



Ciudad Estructural



Fortaleza

Stephen Nami

Maria Fernanda Aguilar

Everton Sávio

Maria Alice de Souza

Eric Salas

Douglas Esteves

Danielle Florindo

Alan Arauna



Fotos: Marolber Martínez



Estados Unidos – La iglesia de Santa Inés de Key Biscayne rindió homenaje a Nuestra Señora de Fátima el 19 de octubre. El programa constaba de la solemne coronación de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, seguida de la celebración de la santa misa.

Fotos: Rogério Baldasso



Italia – Del 16 al 19 de octubre tuvo lugar una misión mariana en la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús de Trappitello. Momentos de oración y catequesis se intercalaron con visitas de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María a hogares, colegios y comercios.

Nuno Moura



João Morgado



Nuno Moura

Portugal – Los Heraldos del Evangelio participaron en la procesión del monasterio de San Miguel de Refojos, de Cabeceiras de Bastos, realizada el 29 de septiembre en homenaje al santo arcángel (foto 2), y en la celebración en honor de Nuestra Señora Aparecida en la iglesia del Pópulo de Braga, presidida por Mons. José Cordeiro, arzobispo metropolitano, el 12 de octubre (foto 1). La institución también ha promovido todos los sábados la adoración eucarística seguida de la santa misa en la iglesia del Santísimo Sacramento de Lisboa (foto 3).



Fotos: Diego Brítez

Paraguay – El 12 de octubre se conmemoró en la Iglesia de la Madre del Buen Consejo de Ypacaraí el 108.º aniversario de la última aparición de la Santísima Virgen en Fátima, con la solemne coronación de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, seguida de la celebración de la santa misa, presidida por Mons. Vincenzo Turturro, nuncio apostólico en Paraguay, y de un concierto en honor del prelado por su cumpleaños.



Roberto Hernández



Kassiano Trindade



Fotos: Daniele Fiorindo



Roberto Salas

Sacramento de la confirmación – En octubre, decenas de fieles preparados por los Heraldos del Evangelio recibieron el sacramento de la confirmación. En las fotos de arriba, ceremonias realizadas en la parroquia de Santa Elena de San Salvador, por Mons. Luigi Roberto Cona, nuncio apostólico en El Salvador (foto 1); en la casa de la institución de Ciudad de Guatemala, por Mons. Francisco Montecillo Padilla, nuncio apostólico en Guatemala (foto 5); en la iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro de Juiz de Fora (Brasil), por Mons. Gil Antônio Moreira, arzobispo metropolitano (fotos 3 y 4); y en la casa de la institución de Campos dos Goytacazes (Brasil), por Mons. Roberto Francisco Ferrería Paz, obispo diocesano (foto 2).



Docilidad a las inspiraciones del Señor



✠ Hna. Isabel Lays Gonçalves de Sousa, EP



Reproducción

Jonatán y David - Iglesia de San Felipe y Santiago, Groby (Reino Unido)

Para Dios es indiferente que promueva el triunfo del bien a través de muchos hombres o de uno solo; lo que importa es que sus elegidos sean dóciles a las inspiraciones de la gracia.

Al recorrer los anales de la Historia Sagrada, muchas veces nos encontramos con hazañas extraordinarias que superan la comprensión humana. ¿Quién podría explicar, por ejemplo, el profético atrevimiento de Jacob al enfrentarse durante una noche entera al ángel del Señor a fin de obtener su bendición? ¿O quién cuestionaría la sagaz osadía de Judit, que, sin ayuda de nadie, le cortó la cabeza al terrible Holofernes y liberó a Israel de las manos de los asirios?

Si estos antiguos héroes vivieran en nuestros días, quizá algunas mentes prácticas los tacharían de imprudentes. Sin embargo, a las almas elegidas y llenas de fe, Dios les inspira a menudo actitudes que a primera vista parecen temerarias, pero que son santamente eficaces para la promoción de su gloria y la confusión de los malos. Lo cierto es que sus ejemplos, consignados en los textos inspirados, pueden aportarnos útiles enseñanzas cuando se adaptan a las realidades actuales.

Consideremos, pues, uno de esos elocuentes y desconocidos episodios narrados en la Sagrada Escritura.

Sin armas ni combatientes

Tras entrar en la tierra prometida, los israelitas fueron gobernados directamente por Dios, en la persona de los jueces y los profetas, durante mucho tiempo. No obstante, en cierto momento, deseando igualarse a otras naciones, reivindicaron un rey. Bajo inspiración divina, el profeta Samuel ungió como

soberano a Saúl, un benjamita, que, lamentablemente, enseguida se distanció del Señor, desobedeciendo sus leyes y preceptos.

Ahora bien, durante su reinado, el pueblo elegido se vio en grave aprieto: Jonatán, hijo de Saúl y valiente guerrero, destruyó la guarnición filistea de Guibeá, provocando el odio hacia los hebreos. Los filisteos se unieron «para luchar contra Israel: treinta mil carros, seis mil jinetes y una tropa numerosa como la arena de la orilla del mar» (1 Sam 13, 5), mientras que sólo había seiscientos judíos listos para la batalla, ya que muchos «se escondieron en cuevas, agujeros, roquedales, fosas y cisternas» (1 Sam 13, 6), temblando de miedo.

Además de la enorme desproporción entre los ejércitos, había otro obstáculo: «No se encontraba un herrero en todo el territorio de Israel, porque los filisteos habían decidido que los hebreos no fabricaran espadas ni lanzas. [...] El día del combate no se encontró más espada ni lanza en mano de toda la tropa que la de Saúl y la de su hijo Jonatán» (1 Sam 13, 19.22).

Sin espadas, sin hombres y bajo el mando de un rey pecador: ésa era la difícil situación de los hebreos...

Una osada incursión

Cierto día Jonatán, movido por una inspiración divina, le dijo a su escudero (cf. 1 Sam 14):

—Hagamos una incursión en el campamento filisteo que está al otro lado.

Y sin avisar a su padre, Saúl, se dirigió hacia una posición junto a unas altas y escarpadas rocas, con el fin de alcanzar la guarnición enemiga. El pueblo tampoco se enteró de que Jonatán se había ido.

Al llegar al desfiladero, le dijo a su escudero:

—Anda, pasemos hasta la guarnición de esos incircuncisos. Tal vez el Señor actúe en favor nuestro. Pues no le es difícil dar la victoria con muchos o con pocos.

El soldado, fiel a su señor y a la voz de Dios, le respondió:

—Obra en todo según tu corazón. Adelántate, que estoy contigo, según tu deseo.

Jonatán, entonces, pidió una señal al Altísimo e hizo la siguiente proposición:

—Vamos a pasar hacia esos hombres y nos dejaremos ver por ellos. Si nos dicen: «Deteneos hasta que lleguemos junto a vosotros», nos quedaremos donde estamos y no subiremos hasta ellos. Pero si nos dicen: «Subid hacia nosotros», subiremos, pues el Señor los ha entregado en nuestras manos. Esta será nuestra señal.

Acto seguido, los valientes guerreros se insinuaron a sus oponentes, quienes gritaron:

—¡Los hebreos salen de los escondrijos donde se habían escondido! Subid hasta nosotros para que os enseñemos una cosa.

Lleno de entusiasmo, Jonatán comprendió la señal enviada por Dios y dijo a su escudero:

—Sígueme, porque el Señor los ha entregado en manos de Israel.

Jonatán atravesó impetuosamente las rocas y alcanzó a los filisteos, que caían uno tras otro ante él, siendo rematados por su escudero que lo seguía.

El terror de Dios se extendió por la tierra

Al ver el alboroto causado por Jonatán, «cundió el pánico en el campamento, en el campo y en toda la gente. Se

sobresaltaron también la guarnición y la fuerza de choque. El país se estremeció y sobrevino un terror de parte de Dios» (1 Sam 14, 15).

Saúl, que permanecía en el campamento, ignoraba lo que estaba pasando. Enseguida, los centinelas vieron una multitud de fugitivos dispersándose por todas partes. Entonces pasaron revista y constataron la ausencia de Jonatán y su escudero. Mientras tanto, el tumulto no hacía más que aumentar en el campamento de los filisteos, donde la espada de cada uno se volvía contra el otro.

Los israelitas, antes fugitivos, al oír que sus adversarios huían, salieron a hostigarlos. Por medio de una profunda inspiración, que a ojos humanos podría parecer una gran imprudencia, «el Señor salvó aquel día a Israel» (1 Sam 14, 23).

El arco de Jonatán nunca se volvió atrás

Jonatán se nos presenta como un símbolo de fe y generosidad en el Antiguo Testamento.

Fuerte y audaz en la batalla —porque ponía toda su confianza en el auxilio del Señor Dios de los ejércitos—, dotado de capacidad de mando y estimado por el pueblo (cf. 1 Sam 14, 45), era el pretendiente perfecto al trono de Israel tras la muerte de Saúl. Sin embargo, no dudó en ceder, en un gesto de profunda admiración, su lugar al ungido del Señor, David, «a quien amaba como a sí mismo» (1 Sam 18, 3): «Tú reinarás sobre Israel y yo seré tu segundo» (1 Sam 23, 17).

David lo apreciaba tanto que, más tarde, cuando se enteró de su muerte en el campo de batalla, compuso un hermoso cántico en su honor, enalteciendo incluso —por consideración a Jonatán— la figura de Saúl, a pesar de que éste había desobedecido a Dios:

«La flor de Israel herida en tus alturas. Cómo han caído los héroes. Que



Por medio de una inspiración, que a ojos humanos podría parecer imprudencia, «el Señor salvó aquel día a Israel»

Jonatán en batalla, por J. Fouquet

no se cuente en Gat, que no se pregone en las calles de Ascalón, para que no se alegren las hijas de los filisteos, para que no salten de gozo las hijas de los incircuncisos.

»Montes de Gelboé, no haya en vosotros ni rocío ni lluvia, ni campos fértiles. Porque allí ha sido manchado el escudo de los héroes [...]. El arco de Jonatán no se volvió nunca atrás, ni la espada de Saúl regresó vacía. Saúl y Jonatán, amables y gratos en su vida, inseparables en su muerte, más veloces que águilas, más valientes que leones. [...]

»Cómo han caído los héroes en medio del combate. Jonatán, herido en tus alturas. Estoy apenado por ti, Jonatán, hermano mío. Me eras gratisimo, tu amistad me resultaba más dulce que el amor de mujeres. Cómo han caído los héroes. Han perecido las armas de combate» (2 Sam 1, 19-27).

Pidamos al valiente Jonatán que nos asista en todas las batallas de la vida y nos obtenga la gracia de imitar su santa osadía, su admiración y profunda humildad, su entera docilidad a la voz de Dios en nuestras almas. ✠

Admiración, servicio y sacrificio impregnados de alegría

Pierre Toussaint comprendió la verdadera libertad de los hijos de Dios y vio sus tendencias y mentalidad transformadas por la virtud de la admiración.

✠ Raúl Eduardo Ríos Portillo



Las heroicas muestras de fe que nos llegan de África nos obligan al respeto y nos inspiran veneración. Si la ingenuidad nos hubiera llevado a imaginar que la era de los mártires había quedado relegada a los libros de historia y a olvidarnos de que en el mundo tendremos tribulaciones (cf. Jn 16, 33), nuestros hermanos africanos nos traen hoy copiosos testimonios de sangre, avergonzando con su ejemplo a tantas partes del mundo abatidas por un verdadero invierno demográfico de bautizados. Allí, donde arrecia la persecución religiosa, crece el número de hijos de Dios y ministros de Nuestro Señor Jesucristo.

En honor a estos hermanos nuestros, evocamos aquí el ejemplo, no propiamente de martirio, sino de vida cristiana y de virtudes heroicas del Venerable Pierre Toussaint.

¿Cómo no reconocer a simple vista, en el porte erguido, en la mirada penetrante, en la acogedora y discreta inclinación de la cabeza, en la mano que, distendida pero firme, se apoya sobre la mesa, en definitiva, en el difuso imponderable de nobleza, limpieza, fuerza y recato, el carácter de un auténtico *gentleman* y, más aún, del varón católico humilde y dueño de sus pasiones? ¿Cuál es el origen de tantas cualidades?

Pierre nació en esclavitud en 1766, en Haití, por entonces colonia francesa que ocupaba la parte occidental de

la isla de Santo Domingo. Los amos a quienes servía, la familia Bérard, eran acaudalados terratenientes. Pero no pensemos en la cruel esclavitud pagana ni en ciertos abusos de la época colonial. Su abuela Zenobia, niñera de los hijos de la casa, se ganó tal estima por su leal servicio que le concedieron la libertad. Su madre, Úrsula, era la camarera personal de Madame Bérard. Pierre, por su parte, se dedicaba a la labranza y conquistó el corazón de todos por su alegría y gentileza. Así lo describe un testigo: «Recuerdo a Toussaint de entre los esclavos, vestido con una chaquetilla roja, lleno de energía y muy aficionado al baile y a la música, y siempre devoto de su ama, que era joven y alegre».¹

Cuando Jean Bérard, junto con su familia y algunos esclavos, regresó a Francia, dejando a su hijo mayor al cuidado de sus tierras en América, estalló la Revolución francesa, que enseguida se extendió por las colonias con el frenético prurito de los dudosos ideales de «libertad» fratricida. Al ver amenazadas también sus propiedades en Haití, el patriarca decidió huir a Nueva York, con la esperanza de recuperarlas cuando los acontecimientos se calmaran.

Con este propósito, viajó unos años después a la isla de Santo Domingo, mientras su esposa permanecía en Nueva York a la espera de noticias. Y éstas llegaron, tan sombrías como la dramá-

tica sucesión de las desventuras de Job (cf. Job 1, 13-19). En una primera carta, el Sr. Bérard le anunciaba que todas las propiedades de la colonia se habían perdido irremediabilmente. Poco después, en una segunda misiva le comunicaban a la Sra. Bérard el fallecimiento de su esposo, debido a una pleuresía. Apenas se había recuperado del trauma cuando la noticia de la quiebra de la empresa donde estaban depositados los bienes de la familia llamaba a la puerta de su casa. A los pies de la pobre desdichada, sólo le quedaba de sus tesoros un esclavo devoto y generoso, el buen Pierre, que a partir de ahí se dedicó a su ama por completo y abnegadamente.

No tardaron en aparecer los enfurecidos acreedores. Tras abandonar los privilegios que antes poseía, Madame Bérard se vio en una situación cada vez más angustiada. En una ocasión llamó a Pierre y le entregó unas joyas, indicándole que las vendiera al mejor precio posible; con dolor en el corazón, no pudo obedecer. Unos días después, juntando todos los ahorros que había hecho ejerciendo el oficio de peluquero, sorprendió a su ama poniéndole en sus manos dos paquetes: uno con las joyas y otro con la cuantía equivalente. Al peluquero que la buscó para cobrarle antiguas deudas, él le ofreció a cambio un período de servicio y saldó la deuda, completando el importe con el regalo de Año Nuevo que había recibido.



Reproducción



Pierre Toussaint al final de su vida; de fondo, la catedral de San Patricio, Nueva York, en cuya cripta reposan sus restos mortales

«Su laboriosidad era incesante; y cada hora del día, bien empleada. Cuando se veía libre de sus ocupaciones, su primer pensamiento era para su ama, apresurándose a volver a casa y tratar de alegrarla. [...] Su gran objetivo era servirla»,² y lo hacía con extremo refinamiento, sacrificándose en silencio. Siempre que podía, llenaba su mesa de exquisiteces y raros frutos tropicales. Al verla abatida, enseguida la persuadía para que preparara un festín. Pierre invitaba a unos pocos amigos cercanos y, el día señalado, peinaba a su ama, cuyo cabello coronaba con una rica flor que, a escondidas, había comprado. Preparaba la mesa, decoraba la casa y recibía a las visitas en la puerta, vestido con mucho estilo.

Solo había una cosa con la que no se conformaba: «La conocí —decía él—, llena de vida y alegría, ricamente vestida, participando animadamente en las diversiones; ahora todo había cambiado, y eso me entristece mucho».³ La principal biógrafa de Pierre reflexiona sabiamente: «Había algo mucho más allá de la devoción de un esclavo afectuoso; parecía participar de un conocimiento de la mente humana, de una percepción intuitiva de las necesidades del alma, que surgía de su propia naturaleza finamente ordenada».⁴ Hasta el final de su vida, él sería para su ama el auxilio en todo momento.

Con su alma dulce, servicial y religiosa, recorría las calles de Nueva York,

siendo solicitado por sus servicios de peluquero por damas de la alta sociedad. Curiosamente, no eran raras las ocasiones en que la estética capilar pasaba a un segundo plano y Pierre se veía obligado a dedicarse al cuidado de las almas, pues había adquirido fama de consejero admirable. Mary Anna Sawyer Schuyler, nuera del general Philip Schuyler, consideraba a Pierre su único confidente y lo llamaba «mi santo». Muchas fueron las almas que se beneficiaron de su generoso trabajo, sus sabias palabras o su simple presencia.

Tras la muerte de la Sra. Bérard, el pequeño estudio-vivienda de Pierre se convirtió en un abrigo de huérfanos, sacerdotes refugiados y trabajadores empobrecidos, por quienes intercedía ante personas importantes de la ciudad, consiguiéndoles un empleo y mejorándoles su existencia. Vivió hasta los 87 años, como católico y perseverante frecuentador de los sacramentos, en un ambiente hostil a la fe.

Incontaminado de toda envidia e ignorando la acritud de la rebelión, Pierre Toussaint ostentó, como lección para la historia, el distintivo del verdadero católico: la generosidad llena de alegría. El servicio lo ennoblecía, y la admiración —acto de justicia que rendimos, gozosos, a todo lo que nos es superior— dotó a su alma de delicadeza, perspicacia y buen gusto. Comprendió que Dios ama a todos los hombres y, por eso, los dispuso en una armoniosa escala de perfecciones, para que cada uno proceda según el don que ha recibido (cf. 1 Pe 4, 10-11) y todos se enriquezcan haciéndose esclavos unos de otros por la caridad (cf. Gál 5, 13). ✠

¹ LEE, Hannah Farnham Sawyer. *Memoir of Pierre Toussaint, Born a Slave in St. Domingo*. 3.^a ed. Boston: Crosby, Nichols and Company, 1854, p. 15.

² *Idem*, p. 20.

³ *Idem*, p. 25.

⁴ *Idem*, p. 26.



Nacido para ser amado por María

Desde el primer instante de la concepción del Verbo, la Virgen le rinde ininterrumpidos actos de adoración

De su Inmaculado Corazón fluye la sangre que constituirá su cuerpo; sin embargo, lo que más lo alimenta son los torrentes de amor que brotan de ese mismo corazón.

El papel de María consiste en amarlo, adorarlo y glorificarlo como ninguna otra criatura podrá hacerlo. Ese Niño fue creado en el tiempo, sobre todo, para ser amado por Ella.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP